

DESPUES DEL APOCALIPSIS

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION



DESPUES DEL APOCALIPSIS

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

655 - La frontera del infierno, *Glenn Parrish*.

656 - ¿Hombre o máquina?, *Clark Carrados*.

657 - El peligro viene del espacio, *Kelltom McIntire*.

658 - Mente, *Frank Caudett*.

659 - Los hijos de las tinieblas, *Ralph Barby*.

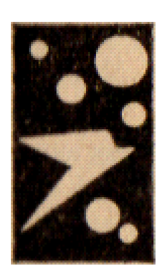
KELLTOM McINTIRE

DESPUES DEL APOCALIPSIS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 660

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 4.979 - 1983

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: abril, 1983

2ª edición en América: octubre, 1983

Concedidos derechos exclusivos *a* favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Max Vaskowich se sentía irritado.

En realidad, desde el principio del viaje había dado muestras de un malhumor latente, a punto de estallar.

—Estos pasajeros son insoportables —le habían oído gruñir a menudo.

Y en cierto modo tenía razón. El pasaje lo componían poco más de un centenar de personas, todas excesivamente quisquillosas, caprichosas y prepotentes.

—Ese tipo de gente acostumbrada a hacer siempre su santa voluntad. Seres endiosados, personas vacías, que pretenden ver obedecidos hasta el menor de sus caprichos sin chistar —decía Vaskowich, encolerizado.

Ciento cuatro personas alojadas en fastuosos camarotes de lujo, atendidas por una veintena de camareros y personal subalterno. A lo largo de las quince jornadas del *tour*, los pasajeros habían engullido toneladas de delicados alimentos y manjares y consumido los mejores vinos y licores almacenados en las bodegas de la nave.

A bordo, el que llevaba la voz cantante era el millonario australiano Frederick Stanford. Él y su hija Pearl lo organizaban todo, desde las brillantes fiestas a bordo, hasta el último detalle de las visitas y desplazamientos en los distintos lugares de la larga singladura.

Las exigencias de los Stanford mantenían continuamente ocupado al personal de servicio. Los camareros se quejaban de los abusivos requerimientos de los Stanford, los cuales parecían suponer que el personal de a bordo estaba exclusivamente a su servicio. Molesto por las continuas tensiones, el comandante Vaskowich se había visto

obligado a entrevistarse con Frederick Stanford y su hija.

Pero el millonario no parecía dispuesto a acatar la autoridad de Vaskowich.

—Es un error, un error —gruñó Stanford—. Usted, comandante, debe limitarse a dirigir eficazmente a la tripulación, de forma que nuestro largo viaje se desarrolle felizmente. Todo lo demás, queda fuera de su alcance. Espero que esto quede claro a partir de ahora.

Vaskowich no estaba de acuerdo en absoluto.

—El personal de servicio está bajo mi mando, lo mismo que la tripulación. Por tanto...

Frederick Stanford le fulminó con una mirada de sus azules ojos.

—¿Olvida que fui yo quien le contrató, comandante Vaskowich? Yo era presidente del Club de Millonarios que financia este primer viaje turístico interespacial. Yo convoqué a mis amigos y les expuse mi proyecto. Incluso abogué por usted. Vaskowich, va a percibir una fortuna por pilotar esta gran astronave de turismo, pero si consulta minuciosamente su contrato comprobará que su misión se limita estrictamente a sus funciones profesionales como comandante de vuelo. Todo lo demás, queda a mi juicio. Espero, pues, que no vuelvan a surgir malentendidos entre nosotros. ¿De acuerdo?

Tras la larga y colérica parrafada, Vaskowich quedó tan sorprendido que fue incapaz de responder al millonario, el cual abandonó la cabina de navegación en seguida, con una actitud de pomposa importancia.

Lo peor no era que Frederick Stanford se hubiera expresado tajante y crudamente. Lo detestable era que le hubiera hablado con humillante soberbia ante los restantes componentes de la tripulación del «EMPEROR OF THE GALAXIES».

Vaskowich se dejó caer en su asiento con un suspiro de resignación. Simuló una súbita atención en la lectura de los diferentes aparatos del panel, mas pudo apreciar mirando de reojo que su copiloto, el ex-capitán Cam Carroll, le estaba observando a su vez con una leve sonrisa irónica en los labios.

—No cabe duda de que el viejo «Saco de Dinero» ha venido a poner los puntos sobre las íes —comentó Carroll, mordaz—. Stanford quiere dejar bien sentado que aquí, como en todas partes, se hace la voluntad de aquellos que detentan el poder a través del dinero.

Ahora fue Vaskowich el que sonrió con ironía.

—Dudo mucho que el dinero les sirva de algo a bordo.

En el espacio infinito no existen los bancos, ni siquiera la Bolsa o los expertos en inversiones —respondió, con acidez.

—Pero ellos siguen comportándose aquí como allá en la Tierra. Stanford se ha esforzado desde el principio en establecer tres categorías sociales a bordo de esta astronave. La primera, exquisita, la componen ellos mismos, los aristócratas del dinero. Después estamos nosotros, los técnicos. Y finalmente la tercera categoría la compone el personal de servicio: maîtres, chefs, camareros...

El resquemor vibraba en las palabras de Cam Carroll.

—Veo que te preocupa mucho el hecho de no haber sido invitado aún a alguna de las fiestas que los Stanford organizan a bordo... —observó Vaskowich, observando la expresión de su segundo.

—Pues sí, lo confieso, por cuanto tiene de discriminación y aislamiento —respondió el copiloto, rabioso—. Ellos se reúnen en el gran salón y gozan de animadas fiestas, bailes y tertulias. Incluso disponen de ese ostentoso Casino donde, noche tras noche, se juegan millones y millones a la ruleta, el Black-jack o el bacarrá. Organizan bailes de disfraces o campeonatos de habilidad... ¡Disfrutan, en una palabra! Entre tanto, nosotros debemos permanecer aislados, dedicados enteramente a conseguir que no se produzca el menor fallo a bordo del «EMPEROR OF THE GALAXIES». ¿Recuerdas lo que ocurrió cuando llegamos a la Luna? Stanford había reservado casi doscientas plazas en el hotel Moon-Paradise, ese emporio turístico experimental. Pero los millonarios fueron alojados en suites de superlujo, mientras a nosotros nos reservaron habitaciones de lo más vulgar. Y no digamos nada del alojamiento del servicio. La diferencia era enorme.

Vaskowich se vio obligado a darle la razón. ¿Por qué se había esforzado el millonario australiano en establecer las diferencias sociales de forma tan significativa?

—Desde luego, fuimos autorizados a visitar las granjas experimentales y los jardines botánicos del complejo incluso el pequeño Zoo establecido en las proximidades de Moon-Paradise —añadió Carroll—. Pero fueron primero los millonarios los que gozaron de aquellas visitas y a nosotros nos relegaron, como borregos, para el último momento, junto con los turistas «fin de semana» que llegaban en las astronaves

del puente espacial Interstars.

Calló un momento. Pero enseguida estalló.

—¡En fin, que ya estoy harto de tanto aislamiento y tanta diferenciación! Esta gente parece empeñada en refregamos por la nariz su condición de élite privilegiada —gruñó.

Vaskowich sonrió sin alegría.

—¿Y qué? Tienen derecho a ello, puesto que detentan las mayores fortunas de la Tierra. Al fin y al cabo, no podemos quejamos: cuando este *tour* llegue a su fin, nosotros podremos consideramos afortunados, pues tendremos nuestro porvenir económico asegurado hasta el fin de nuestros días. Si Stanford y su élite quieren hincharse como pavos reales, podemos permitirles que lo hagan.

—¡Por mí, pueden hincharse hasta estallar! —respondió el copiloto, excitado.

Carroll se sosegó un poco.

Dentro de la cabina de navegación, cada uno de los tripulantes atendía a su función en silencio. Apenas se oía el leve silbido de los sistemas de aire acondicionado y el monótono tintineo de los aparatos electrónicos de medida.

Al cabo, Carroll volvió a la carga.

—¿Viste a Pearl Stanford en la piscina del hotel Moon-Paradise? —preguntó.

El comandante asintió distraídamente con un gesto. Y Carroll continuó:

—Esa jovencita, me resulta insoportablemente antipática, a pesar de lo cual debo admitir que miss Stanford es la mujer más atractiva que he conocido. Perfecta en todo, desde su larga y sedosa cabellera, hasta las cuidadas uñas de sus bonitos pies.

Se aflojó el cuello de su impecable camisa azul de uniforme y añadió:

—Sin embargo, es una joven endiosada, creída, voluble y coqueta... En Moon-Paradise exhibió toda una colección de originales bikinis a cual más exiguo, y se pavoneaba ante los jóvenes Kadenberg, Van Wiren, O'Neill y compañía como si fuera la reina de la creación. Lo cierto es

que esos vacuos hijos de papá la devoraban con los ojos.

El copiloto dejó escapar una corta carcajada.

—¡Ja! Uno de ellos estaba tan abstraído en la contemplación de la hija de Stanford, que se cayó al agua, vestido de «esmoquin». No sabía nadar, la piscina era profunda en aquel lugar y estuvo a punto de ahogarse. Un camarero le sacó del agua aferrándole por los cabellos y... ¡oh, sorpresa! el salvador de Robert O'Neill se quedó con su flamante peluca rubia, y chorreante, en las manos.

Vaskowich no estaba de humor, pero la carcajada brotó fluidamente de sus duros labios.

Carroll prosiguió con su cháchara. Era normal: se despachaba a gusto ridiculizando y caricaturizando a los de la «primera categoría», que tan ostentosamente trataban de marcar las distancias.

Pero el comandante dejó de prestar atención a los comentarios de su copiloto. Estaba pensando precisamente en Pearl Stanford.

En su imaginación —se corporeizaba atractivamente la silueta de la bellísima hija del millonario australiano.

Para describir elementalmente a miss Stanford bastaban cuatro palabras: era una magnífica hembra.

Sin embargo, Pearl era mucho más. Alta y esbelta, poseía una magnifica cabellera negra, larga y lustrosa que ella sabía ondear con toda maestría para atraer irresistiblemente las miradas de los hombres.

Su rostro era ovalado, clásico, pero la mandíbula un tanto angulosa y los acentuados pómulos conferían una nota imperfecta y exótica al conjunto de sus hermosas facciones.

Los ojos de miss Stanford eran grandes, rasgados y expresivos, pero ni siquiera su más rendido admirador, el joven Bob O’Neill (heredero de una de las pocas fortunas sólidas de Norteamérica) podía definir su color exacto. ¿Negros, grises, azules, verdes, verdiazules, castaños, cobrizos, violeta?

Bob aseguraba con toda seriedad que el tono de los ojos de miss Stanford variaba según su estado de ánimo. Y probablemente tenía toda la razón, pues tampoco el comandante Vaskowich pudo recordar en aquel momento el color de los ojos de la frívola miss Stanford.

Al compás de sus pensamientos, Max se encogió de hombros, indiferente.

Pero su indiferencia era ficticia: en lo más profundo de su intimidad, el comandante del soberbio «EMPEROR OF THE GALAXIES» admiraba —y deseaba— intensamente a la hija del ególatra millonario que la tripulación había rebautizado con el expresivo sobrenombre de «Moneybag[1]».

Sí, admiraba su empaque y su elegancia, la agilidad y distinción de sus movimientos, su aplomo petulante y el encanto erótico que rodeaba a miss Stanford como un aura dorada.

Le encantaba oír sus carcajadas espontáneas, como cuando tuvo lugar aquel cómico episodio en el que un camarero se quedó con el bisoñé de Bob O. Neill en las manos.

Pearl Stanford era una mujer nacida para ser adorada o… para ser odiada. Pensándolo bien, Max Vaskowich se quedaba en un término medio.

CAPÍTULO II

A la diez, Vaskowich dejó la cabina de navegación al cargo de Cam Carroll.

Se sentía demasiado fatigado y hastiado para dejar pasar un par de horas en el bar de servicio, aunque solía atender la barra una camarera muy atractiva —«tercera categoría» según la nomenclatura de Frederick Stanford— llamada Claire Arlenboro.

Claire, una mulata de piel como la seda, tenía el diablo en el cuerpo. Sabía preparar cócteles explosivamente afrodisíacos y hacia el final de la jornada, solía recrearse en un strip-tease de alto voltaje para animar el ambiente. Aunque sólo en el caso de estar segura de que algún VIP de la primera categoría no anduviera curioseando por los alrededores.

Vaskowich, pues, atravesó los largos pasillos desiertos y se dirigió a su camarote. Hasta sus oídos llegaban los ecos de la fiesta que Stanford organizaba en el salón de baile. No había orquesta propiamente dicha,

pero el millonario australiano había demostrado un gran sentido de la previsión y el ahorro, contratando como camareros a cuatro brasileños que sabían hacer prodigios con el piano, el saxofón, la trompeta y la batería.

Cada noche, los de la «primera categoría» organizaban un sarao descocado y fantasioso. Aquella noche correspondía a la «ROMA DE NERON» y las damas y caballeros acudirían a los salones ataviados a la usanza de aquellos tiempos. Por supuesto, correría a raudales el whisky y el champán.

Con un gesto desabrido, Vaskowich penetró en su camarote. Incluso en los alojamientos se advertía aquella división que Stanford había llevado a cabo caprichosamente entre las personas que viajaban en el «EMPEROR OF THE GALAXIES», pues el apartamiento del comandante sólo medía cuatro por cuatro metros y disponía de un mini-cuarto de aseo contiguo.

Sonrió, indiferente.

—Al fin y al cabo, no puedo quejarme —pensó, irónicamente—. Más estrechos son los camarotes de los de la «tercera categoría».

Se desnudó en pocos minutos y penetró desnudo en el cuarto de aseo. El espejo le devolvió la imagen de un individuo de estatura mediana, esbelto y bien musculado. Pero la expresión de las facciones viriles era adusta y sombría, efecto que aún acentuaba el espeso y negro bigote que recorría su labio superior y se alargaba agresivamente hacia las mejillas.

—Pareces un hombre de cincuenta años —murmuró, contemplándose durante unos segundos en la brillante lámina del espejo.

Luego se puso bajo la ducha, abrió el chorro, respiró entrecortadamente al sentir la viva impresión del agua fría y frotó vigorosamente sus brazos y su cuerpo. Rápidamente abandonó la ducha, se secó con una toalla y se puso un slip.

Luego descolgó la cama empotrada en el muro y sacó una botella de whisky y un vaso del armarito igualmente empotrado. Extrajo la balda metálica que hacía el papel de mesilla de noche y depositó en ella la botella y el vaso, tras lo cual se dejó caer sobre el lecho.

Se sirvió medio baso de whisky, bebió de un tirón y tornó a llenarlo. Tras lo cual encendió un cigarrillo y fumó, cruzadas las manos bajo la nuca.

—Al diablo con todos ellos —gruñó.

Se sentía exasperado cada vez que pensaba en los Stanford y su cohorte de individuos podridos de dinero. Aquellas gentes eran vanidosas hasta la náusea y soberbias hasta la exageración.

El mismo nombre que Stanford había puesto a la astronave, «EMPEROR OF THE GALAXIES[2]», ¿no resultaba decididamente pretencioso?

Mientras aquellos millonarios derrochaban diariamente un millón de dólares en ágapes, vestidos suntuosos y servicios, la Tierra se debatía en una larga agonía.

Porque era cierto: la crisis que afectaba a todas las naciones parecía el anuncio de un final apocalíptico. Guerras, guerras, siempre guerras, ya tuvieran como escenario Oriente, Asia o Suramérica. Confrontaciones sangrientas que dejaban tras sí un rastro de sangre y desolación, de odios enconados y rencores perpetuos.

Pero además el desequilibrio económico de las últimas décadas del siglo XX, se había acentuado en el XXI hasta provocar una tensión insostenible.

Incluso en los países industrializados que gozaban de una mayor renta «per cápita», habían comenzado a imponerse restricciones de energía y abastecimientos. En el Tercer Mundo, el hambre era un mal endémico que llevaba al pavoroso fenómeno de los suicidios colectivos, como el que tuvo lugar en Bombay, donde unas 40.000 personas decidieron poner fin a sus padecimientos envenenándose con una solución de cianuro y coca-cola.

A medida que avanzaba la crisis, los ánimos se iban exacerbando. El bloque occidental y el soviético habían ido endureciendo sus posturas y los gobernantes se sentían tensos, al borde del peligroso estallido de los nervios.

La Carta de las Naciones Unidas era poco más que papel mojado, pues el organismo mundial había perdido paulatinamente su autoridad y su poder conciliador y mediador. En tal situación, ¿quién podría predecir lo que Iba a ocurrir en un plazo necesariamente corto?

—Quizá los tipos como Stanford tengan razón, al fin y al cabo —pensó Vaskowich—. Tal vez su postura sea la más sensata: gozar intensamente de la vida mientras les sea posible.

Pero aquella actitud repugnaba íntimamente al comandante Max Vaskowich. El no podía concebir el derrotismo suicida, pues era un hombre de acción. Personalmente lucharía por la vida y por la conciliación hasta el fin de sus fuerzas.

De repente, exhaló una corta carcajada sardónica.

—Al fin y al cabo, también tú eres un derrotista, un conformista, un hombre vencido e inerme, un pobre desgraciado —reflexionó, con un rictus amargo en sus expresivas y duras facciones.

Volvió a llenar el vaso de whisky.

No quería recordar aquella noche, no deseaba dejarse vencer por los fantasmas del pasado. Pero las imágenes llegaba vívidas a su memoria. Recuerdos excitantes y crueles que sólo servían para atormentarle.

Veía a Lucy, su esposa, con los rubios cabellos alborotados y el pecho jadeando al compás de su tumultuosa respiración.

—¡Vete, márchate, cobarde!

Vaskowich apuró el vaso de licor de un solo trago. Veía las monstruosas facciones de Deborah, su única hija, debatiéndose llorosa en los brazos de su madre.

Deborah, Deby, un ángel con facciones monstruosas y cuerpo deformado por aquella despiadada y misteriosa enfermedad que impedía que los huesos se formaran y endurecieran, aquella maligna afección que convertía el cuerpo de la niña en un muñeco inarticulado y fofo como una marioneta de serrín:

—¡Huye, cobarde! Sé que estás aterrado, hundido... ¿Lloras? Ya lo veo, pero no es por Deby o por mí, sino que lloriqueas como una mujer porque te sientes desamparado. Eres incapaz de luchar como un hombre... ¡Cobarde, cobarde, cobarde!

Pero Lucy estaba equivocada. No lloraba por sí mismo, sino porque se sentía iracundo y desolado.

¿Por qué, por qué, POR QUÉ? ¿Por qué les había tocado a ellos y no a otros? Lucy y él eran individuos sanos, sin una sola tara. Los exámenes y reconocimientos médicos, los exhaustivos análisis de toda índole que les habían sido practicados a ambos antes de que Deby naciera así lo certificaban. Eran una pareja saludable, joven, llena de energías y de ansias de vivir...

Pero nació Deby, absolutamente normal, al parecer. Y pocos meses después, el rostro de la niña comenzó a desdibujarse, a difuminarse, como las imágenes de una pesadilla cuando uno empieza a despertar.

De nada valió que eminentes especialistas se ocuparan de la niña. «Es una enfermedad desconocida, un fenómeno metabólico quizá, que ablanda el esqueleto e impide que los cartílagos se endurezcan hasta conseguir la consistencia ósea». «Nada podemos hacer, aunque este caso particularísimo se está investigando sin descanso». «Tengan confianza, ya saben que la Ciencia médica avanza prodigiosamente». «Quizá dentro de unos años».

Deby crecía, entre tanto, pero su cuerpo inconsistente cada vez se deformaba más. Finalmente, se vieron obligados a internarla en el hospital, pues la niña necesitaba cuidados clínicos que ellos en casa no le podían ofrecer.

Por entonces, los nervios de su esposa se habían desbocado ya. Ella comenzaba a hacerle los primeros velados reproches.

—Si tú hubieras estado con nosotras cuando se empezaron a advertir los síntomas...

Pero Max Vaskowich era piloto de la empresa ININTERESPACE TRANSPORTS Co., cuyas astronaves mastodónticas participaron en el transporte de elementos y posteriormente en el montaje de la estación orbital MIDDAY que serviría de almacén intermedio en los viajes a la luna. Y cuando el colosal almacén estuvo funcionando, las astronaves continuaron llevando materiales desde el MIDDAY al satélite, donde se estaban construyendo una serie de ciudades artificiales, que los ingenieros pensaban convertir posteriormente en emporios comerciales, vergeles artificiales y refugios para el caso de que se produjera una guerra nuclear, lo cual no era tan aventurado, dadas las extremas condiciones de tensión política mundial.

Su esposa protestaba continuamente:

—Cuanto más te necesitamos, tú te marchas de casa y permaneces meses enteros lejos de nosotros —reprochaba a Vaskowich.

Era cierto. Ni siquiera aceptaba el descanso de ocho días que la empresa ofrecía a sus astronautas al regreso de cada viaje. Prefería invertir aquel tiempo en otro viaje, con lo cual sus ingresos se triplicaban.

—Había tratado de explicar esto a Lucy, pero su esposa no atendía a

razones.

—Lo único que te importa es inhibirte del problema. ¡Huye, cobarde, huye!

No era justa. Max quería ganar mucho dinero para llevar a Deby a Europa, donde había esperanzas de que la niña fuera examinada y tratada por el doctor Curd Jungermann, un austríaco, especialista en Osteología, del que se decía que era capaz de hacer milagros.

Finalmente, reunió el dinero necesario y se trasladaron a Europa. Sus esperanzas duraron exactamente una semana: justamente el tiempo que el doctor Jungermann invirtió en someter a la niña a unas pruebas. Y luego…

—Lo lamento sinceramente, señores, pero aún no conocemos nada acerca de la grave deformación que afecta a su hija. Someterla a cualquier tratamiento sería hacerles perder su tiempo y su dinero. Tengan fe. Quizá pronto, a la vuelta de unos años…

Las mismas palabras, idéntica decepción.

Volvieron a Norteamérica y Max continuó pilotando las astronaves de transporte con destino a la Luna. En cuanto lograba reunir una cantidad respetable de dinero, tomaba a su esposa y a su hija y se dedicaban a recorrer el mundo en busca de la fórmula mágica capaz de borrar aquella pesadilla.

Incluso llegó a recurrir a los curanderos, a los magos y santones. Todo fue inútil, no había remedio para la enfermedad de la pequeña y desgraciada Lucy, que nuevamente hubo de ser internada en el hospital, donde siguió vegetando como una planta que languidecía lentamente.

Algún médico, piadosamente, lIegó a insinuarles que la única solución sensata era la eutanasia.

Pero a los Vaskowich se le abrían las carnes de dolor pensando en ello. A pesar de todo, ambos seguían aferrándose ciegamente a la esperanza de que en cualquier momento, en cualquier parte del mundo, surgiría el doctor capaz de curar a la pequeña Deby.

Al fin, la niña murió. Vaskowich se encontraba viajando a través del espacio cuando se produjo el luctuoso acontecimiento y no tuvo conocimiento del mismo hasta que cuatro días después su astronave «MOON-CYCLOPS» descendió en la Base. Ainsworth.

Entonces sus nervios se rompieron y las lágrimas brotaron abundantes de sus ojos. Encerrado a solas en una de las dependencias de Ainsworth, gimió sordamente, maldijo y gritó enloquecido, hasta que sus ojos se secaron y sus labios dejaron de proferir lamentos.

De nada valía ya seguir atormentándose. Para Deby, la muerte venía a ser la liberación.

Mientras se dirigía a la ciudad, buscó en su corazón razones convincentes para elevar el ánimo de Lucy, palabras que consiguieran mitigar su dolor de madre.

Podrían tener otro hijo, por ejemplo.

Pero cuando expuso tales pensamientos a su esposa, Lucy estalló en chillidos estridentes.

—¡Tú, tú, Max Vaskowich, ¿eres capaz de proponerme tal cosa? —gritó, fuera de sí—. ¿Qué ocurriría si trajésemos al mundo otro niño monstruoso, como Deby?

Max palideció. Tal posibilidad ni siquiera se le había ocurrido. Sí, sería espeluznante que un nuevo hijo llegara a sufrir la misma enfermedad que había afectado tan terriblemente a la pequeña Deby.

De todas formas, trató de esgrimir otros argumentos.

—Lucy, tú y yo somos personas sanas y capaces de traer al mundo hijos saludables. Eso lo dijeron los médicos. Lo de Deby, no fue sino un caso entre millones de casos. Simple mala suerte —adujo.

Pero su esposa le miró con los ojos desorbitados.

—¡Jamás, ¿oyes?, jamás volvería a tener un hijo contigo! —gritó.

Max se demudó.

—¿Crees... crees que yo fui el culpable de la deformidad de nuestra hijita? —logró articular, sintiéndose dominado por la angustia.

Lucy se dejó caer, abatida, sobre un sillón.

—No lo sé, no lo sé —repuso luego, con voz desmayada—. No sé si el responsable eras tú o yo. Tal vez los dos. En cualquier caso, yo ya he puesto los medios necesarios que me impiden traer al mundo una nueva criatura desgraciada.

Max se incorporó vivamente, aterrado.

—¿Qué quieres decir? —inquirió con voz ronca y destemplada.

—Dos días después de que el cuerpo de Deby fuera sepultado, ingresé en una clínica especializada y me hice operar por un cirujano muy discreto. Me han hecho un ligamento de trompas: jamás volveré a tener hijos.

—¡No! —gritó Vaskowich—. ¡No es posible! Has hecho una locura, una estúpida locura, Lucy. Ni tú ni yo fuimos responsables de la enfermedad de nuestra hijita.

—Eso dijeron los médicos —respondió Lucy, con la mirada extraviada —. Pero para mí siempre quedaría la duda.

—¡Estás loca, loca de remate! —chilló Max, enfurecido.

—Por el contrario: nunca estuve más cuerda que cuando decidí que me esterilizaran —dijo ella, con voz fría y distante—. Piénsalo, Max: tú deberías hacer otro tanto.

CAPÍTULO III

Los recuerdos habían conseguido desvelarle, hasta el extremo que ni siquiera el whisky ingerido —casi media botella— bastaba para ayudarle a conciliar el sueño. Había apagado la luz e intentado relajarse. Pero no hacía otra cosa que dar vueltas sobre el lecho, tan inquieto, que sentía los nervios a flor de piel.

Decidió que no valía la pena seguir luchando contra aquellas atormentadoras evocaciones, y se puso en pie de un salto, volvió a vestirse y abandonó su camarote. Necesitaba compañía, charlar con alguien, adormecer los recuerdos que le martirizaban.

Los pasillos de la nave estaban solitarios, brillantes y silenciosos. Se dirigió al bar de servicio decidido a tomar unas copas en compañía de Claire Arlenboro.

La guapa muchacha de color era una mujer chispeante y divertida, capaz de resucitar a un muerto. Junto a ella no había lugar para el

aburrimiento, por lo que normalmente Claire tenía a su alrededor una nube de moscones, constituida por el personal masculino franco de servicio.

Como mujer totalmente desinhibida, Claire solía dividir sus atenciones entre todos los varones de a bordo, sin diferencias de categoría, aunque no disimulaba su preferencia por el comandante del «EMPEROR OF THE GALAXIES», al que hacía objeto de una solicitud muy particular.

Si Claire estaba de buen humor, cuando llegase la hora de cerrar el bar pondría discretamente en la mano de Vaskowich una copia de la llave de su camarote, tras lo cual se eclipsaría disimuladamente. Y todos los hombres de la segunda y tercera categorías sabían muy bien que aquello significaba una ardiente y placentera noche de amor para el afortunado.

Ciertamente, había otras mujeres muy apetecibles entre el personal técnico y de servicios, como Norah Parker, la enfermera, Jayne Chnstie, la soberbia pelirroja encargada del servicio de Meteorología, o Liza Gold, una menuda y pizpireta camarera. Pero ninguna de ellas tenía la «chispa» de Claire Arlenboro, que sabía encandilar a los hombres con un simple guiño de sus expresivos ojos oscuros.

Sin embargo, algo indefinible atrajo al comandante Vaskowich hacia el final del pasillo que terminaba en el acceso al salón de baile.

Quizá el motivo no confesado fuera la simple curiosidad.

Sí, se sentía intrigado. ¿Cómo se lo «montarían» aquellos personajes podridos de dinero a la hora de divertirse?

Imaginaba el gran salón rutilante de luces, el buffet bien servido de manjares y bebidas alcohólicas, el piso espejeante y las bellas damas vestidas con aquellas finas galas romanas que dejaban los senos al descubierto.

Por supuesto, Vaskowich estaba seguro de que la reina de la fiesta sería la subyugante miss Pearl Stanford. En cualquier caso, ella jamás se hubiera conformado con un papel menos brillante.

Las notas sincopadas de un ritmo sudamericano «caliente» llegaban cada vez más nítidas a sus oídos.

Se encontraba muy cerca de las anchas láminas metálicas de la puerta de vaivén y se sintió incómodo, imaginando que alguno de aquellos

personajes saliese de improviso camino de los tocadores y servicios situados en el pasillo y le sorprendiera allí, en la actitud de quien espía solapadamente.

No le agradaba representar un papel semejante, por lo que dio media vuelta, arrepentido de haberse dejado tentar por la curiosidad.

—Si uno de ellos me sorprende aquí, me tomarán por un intruso —reflexionó.

Ciertamente, los miembros del Club de los Millonarios no parecían muy dispuestos a codearse con los individuos de las categorías» más bajas. Hasta ahora, el único que había tenido acceso a aquel círculo cerrado era el doctor Hugh Koster, médico de a bordo, y ello porque Frederick Stanford se sentía muy agradecido a Koster, que le estaba tratando de una inoportuna afección hemorroidal.

Koster, de treinta y ocho años, era una persona acomodaticia, un verdadero *yesman*[3]. El hecho de que Stanford le distinguiese con su amistad, suponía para él un motivo de envanecimiento y de alejamiento de la «segunda categoría», a la que por su profesión pertenecía. Por lo demás, era un buen médico.

Así, pues, el comandante Vaskowich se disponía a retirarse de aquel comprometedor paraje, cuando escuchó los grititos que provenían de algún lugar indeterminado.

Instantáneamente estableció que aquellos agudos chillidos sólo podían provenir de una garganta femenina.

Guiado por aquellos gritos desesperados, se acercó a la puerta de la «toilette» de señoras.

—¡Por favor, por favor, ayúdenme! ¡Me he quedado encerrada! —oyó que alguien gritaba al otro lado de la puerta metálica.

Vaskowich tardó unos segundos en reaccionar. De repente, acababa de reconocer la voz de la persona que gritaba: ¡era la de Pearl Stanford!

Max sonrió. Así que tenía a su merced a la idolatrada princesa del «EMPEROR OF THE GALAXIES»...

Se sintió regocijado interiormente. Y una idea diabólica se le ofreció, tentadora: ¿por qué no permitir que miss Stanford se desgañitara hasta enronquecer?

Los paneles metálicos de separación, incluso las puertas, estaban forrados interiormente de material aislante que insonorizaba eficazmente todas las dependencias de la, astronave, Si dejaba encerrada a Pearl Stanford, ninguno de los que estaban en el salón de baile podría escuchar sus angustiosas llamadas de socorro, pues a través de la puerta los grititos de la mujer llegaban al oído del comandante muy atenuados, casi inaudibles.

La tentación era muy fuerte. Si desoía las llamadas de miss Stanford, la delicada joven acabaría por perder la voz e incluso la esperanza de ser rescatada de su inopinado encierro. La angustia y la desesperación acabarían produciéndole un soponcio que daría con ella en tierra. Y entonces habría llegado el momento de…

—Pero las peticiones de auxilio continuaban escuchándose, quedas a través del metal.

—¡Por amor de Dios, ayúdenme! ¡Me he quedado encerrada aquí dentro y el aire comienza a enrarecerse! —se oyó la histérica demanda —. ¡El sistema de aireación ha debido averiarse y estoy asfixiándome…!

La sonrisa burlona se borró de las facciones de Vaskowich. Nerviosamente ahora, Max aferró el pomo y trató de hacerlo girar, pero no lo consiguió: al parecer el mecanismo de seguridad, accionable desde el interior, se había atascado.

Nuevamente, volvió a la carga con redobladas energías, pues una cosa era gastar una broma a la endiosada miss Stanford y otra muy distinta ser cómplice de un accidente mortal.

La puerta resistía.

Decidido ya a utilizar la fuerza, gritó a pleno pulmón:

—¡ Apártese de la puerta, miss Stanford! —los gritos histéricos cesaron bruscamente—. ¡Voy a intentar abrirla!

Esperó unos segundos, retrocedió y cargó contra la lámina de metal con todo su peso. El primer embate resultó inútil, pero al segundo intento se oyó un chirrido metálico y la puerta de la «toilette» se abrió de par en par.

Vaskowich se precipitó al interior y halló a Pearl Stantofr apoyada sobre un tocador, a punto de desvanecerse.

Sin pararse en miramientos, tomó a la joven por la cintura y la sacó de allí.

Al tratar de apoyarla sobre el muro metálico, advirtió la intensa palidez del rostro femenino y se asustó:

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere que avise al doctor Koster? —inquirió, solícito.

Pero ella alzó su fina mano lánguidamente.

—¡No, no, por favor! —exclamó—. Ya… me encuentro mejor.

—Pero el doctor Koster está a un paso…

—No, se lo ruego. No quiero asustar a mi padre. Además… sería el hazmerreír de todos… ¡Quedarme encerrada en el tocador! —exclamó con acento de gran desvalimiento.

Respiraba profundamente, como si verdaderamente hubiera estado a un paso de morir por asfixia. Vaskowich se retiró un poco de ella para permitirle respirar más libremente, y entonces pudo contemplar el fastuoso vestido de noche que ella lucía.

No, el vestido no dejaba los senos al descubierto, pero el delicado tissú transparente permitía una visión más subyugante aún, pues debajo de sus galas miss Pearl Stanford no llevaba otras prendas que un diminuto, casi inexistente, slip de seda negra.

Sorprendido y deslumbrado por la proximidad de aquel bellísimo cuerpo semidesnudo, el comandante apartó su mano derecha de hombro de la mujer. Pero ella perdió el equiIibrio y se vio obligado a abrazarla para evitar que cayera al suelo.

La palidez intensa de unos momentos antes se había trocado en pocos segundos en el ascendido rubor que coloreaba sus mejillas.

Vaskowich desveló el motivo de aquel cambio de coloración facial, cuando miss Stanford le arrojó al rostro una tufarada de aliento alcohólico ¡La reina de la fiesta se había propasado con los cócteles!

—Me… me ha salvado la vida, comandante Vaskowich —murmuró torpemente al oído del hombre.

—Bueno, no es para tanto.

—¡Sí, sí, decididamente sí! ¿Es que puede dudarlo? —protestó ella,

como una niña mimada—. El sis… sistema de aireación debe estar averiado y… el aire se enrarecía por momentos. ¡Si usted no hubiera llegado tan oportunamente, yo…!

—Vamos, miss Stanford, tranquilícese —pronunció el hombre, temiendo que ella estallase en un ataque de histeria, pues había comenzado a lloriquear—. Ya no tiene que temer. Todo ha pasado.

—Gra… gracias a usted, comandante. No lo olvidaré —balbució la joven.

—Respire, respire profundamente. Así. Dentro de un momento, se sentirá recuperada por completo —la animó Vaskowich.

Le causaba un secreto placer mantener abrazado aquel cuerpo turgente, tibio y perfecto, pero no quería exponerse a que alguien saliese inesperadamente del salón de baile y les sorprendiese en aquella íntima actitud.

—¿Se siente mejor? —preguntó al cabo de unos minutos.

—¡Sí, sí, mucho mejor, comandante! —el pecho de la mujer se henchía apretadamente contra el tórax de Vaskowich, que comenzaba a sentirse muy nervioso—. ¿Sabe una cosa, señor Vaskowich? —murmuró ella mimosamente—. Nunca creí que fuera tan amable, tan comprensivo y tan cariñoso. Me lo imaginaba como…

—¿Sí?

—Como a un individuo hosco, resentido e intratable. Pero ahora he comprendido que estaba equivocada, terriblemente equivocada. No olvidaré que me ha salvado la vida.

—¡Y dale! —gruñó el comandante.

—¿Decía?

—Nada. O, mejor, sí: será conveniente que vuelva al salón de baile o comenzarán a inquietarse por su desaparición, miss Stanford.

Ella se palpó delicadamente la nariz, suspiró y dijo:

—Tiene razón, debo volver. Pero no antes de demostrarle cuán agradecida le estoy por haberme salvado.

Y pasando ambos brazos tras la nuca de Vaskowich le besó apretadamente en los labios.

Su boca tenía un sabor dulzón, alcohólico, pero a Vaskowich le produjo aquella íntima y larga caricia un intenso placer. Inconscientemente, sus brazos se plegaron alrededor de la breve cintura de Pearl Stanford, le apretó apasionadamente contra sí y alargó el beso hasta que ella se removió, a punto de perder la respiración.

Luego, miss Stanford se separó de él lentamente, le dirigió una última mirada de agradecimiento y desapareció al otro lado de las puertas de vaivén del salón de baile.

Vaskowich permaneció unos instantes abstraído. ¿Le había besado realmente la hija de «Moneybag» o se trataba de un delirio más...?

Pero volvió rápidamente a la conciencia al comprobar que la puerta de la «toilette» permanecía abierta, con un cierre totalmente destrozado.

Intrigado, penetró en el tocador y comprobó brevemente el aparato acondicionador de aire que surtía de oxígeno a aquella estancia. El sistema de aireación funcionaba perfectamente.

Pensando en miss Stanford, meditó:

—Nunca estuvo a punto de morir asfixiada. Simplemente se sintió dominar por el pánico al saberse encerrada. Quizá fue un sentimiento de claustrofobia, o tal vez todo deba achacarse al exceso de copas...

CAPÍTULO IV

Seguro de que sería inútil volver a su camarote e intentar dormir, Vaskowich se dirigió a la cabina de navegación,

Carroll cabeceaba sobre la consola y el operador de comunicaciones, Adam Millar, se distraía mirando en un monitor de televisión una película pornográfica que había admirado ya docenas de veces.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el copiloto, extrañado.

—No podía dormir y he preferido venir aquí —respondió elusivo—. ¿Todo marcha bien?

—Abúlicamente bien —informó Carroll—. Tan bien que me estoy durmiendo.

—Será mejor que lo hagas en tu camarote y —en una cama —indicó el comandante, adusto—. Vete, pues. Yo haré tu turno de guardia.

—Como quieras —se apresuró a contestar Carroll, encantado de no tener que consumir entero su turno de guardia. Y se marchó.

Vaskowich se acomodó en el puesto dejado libre por Carroll y dirigió una distraída mirada a la consola. A pesar de todo, llevó a cabo en la computadora un rápido chequeo de las condiciones de vuelo, que resultó satisfactorio, como esperaba.

En realidad, ¿qué diablos había que hacer allí? Prácticamente nada, pues el «EMPEROR OF THE GALAXIES» surcaba el espacio regido por automatismos tan sofisticados que apenas era precisa la mano del hombre. En resumen: la única atención humana que exigía la seguridad de la astronave era la de los aparatos de detección de obstáculos, tales como campos de aerolitos y otros cuerpos celestes con los que el «EMPEROR OF THE GALAXIES» pudiera colisionar. Pero incluso este tipo de riesgos era muy relativo, ya que el radar de largo alcance preveía con tiempo suficiente la proximidad de cuerpos cósmicos de masa peligrosa.

Miró de reojo a Millar. El operador continuaba contemplando extasiado aquella puerca película erótica, aunque conocía todas sus secuencias de memoria.

Abrió un cajón bajo la consola y extrajo un portafolio con documentos personales, que estuvo revisando. El que más le interesaba revisar era el contrato que le ataba al Club de los Millonarios.

Una fría sonrisa distendió sus duros labios mientras repasaba las distintas cláusulas de aquel documento legal.

—Stanford lo tenía todo previsto —reflexionó con ironía—. Como él decía, mis obligaciones y prerrogativas se resumen en cumplir con mi obligación de dirigir con seguridad esta astronave y percibir un millón de dólares a cobrar en dos plazos.

La mitad de aquella cantidad le había sido transferida en la Base Ainsworth por el poderoso Club de los Millonarios. El resto le sería entregado al final de aquel viaje de placer para ricachos caprichosos.

Guardó cuidadosamente el contrato y volvió a guardarlo con los

demás documentos en el cajón. Cogió uno de los cigarrillos de Cam Carroll, lo encendió cuidadosamente con un mechero que había en la bancada y suspiró. Mientras contemplaba, abstraído, las caprichosas volutas de humo azulado, recordó su primera entrevista con Frederick Stanford.

No había tenido lugar aquel encuentro en los sofisticados y elegantes ambientes que solía frecuentar el millonario australiano, sino en una de las más infectas tabernas de Houston.

Dos docenas de desdichadas personas que habían perdido toda ilusión, ocupaban las grasientas mesas del local. Mendigos barbudos y astrosos, drogadictos de mirada perdida, borrachos parlanchines que se inclinaban para recoger colillas, viejas prostitutas de vuelta de cualquier experiencia viciosa, tales eran los clientes que frecuentaban aquel antro.

Max Vaskowich no se diferenciaba gran cosa de ellos, a excepción de que su traje aún se conservaba limpio —aunque arrugado— y de que todavía conservaba un puñado de billetes —igualmente arrugados— en el bolsillo.

Aquella tarde se encontraba muy borracho, abstraído en sus pensamientos, cuando alguien le golpeó discretamente en la espalda. Se volvió con un gruñido y se sorprendió un poco al contemplar el flamante uniforme gris del individuo que acababa de interrumpir sus tormentosas divagaciones. Aquel hombre tenía el aspecto cuidado de un chófer de lujo. Y lo era.

—¿El señor Max Vaskowich? —preguntó aquel hombre amablemente.

—Sí. ¿Qué tripa se le ha roto? —contestó desabridamente.

—Me envía el señor Frederick Stanford —dijo el chófer—.

Usted posiblemente no conoce al señor Stanford. Es el presidente del Club de los Millonarios y un personaje muy importante. Quiere hablar con usted, señor Vaskowich. ¿Le importaría acompañarme afuera? El señor Stanford le aguarda en su coche.

—Dígale que siga aguardando —gruñó Max. Y volvió la espalda a aquel hombre.

Alguien más había escuchado su descortés exabrupto: el propio Frederick Stanford, desde la puerta del establecimiento.

Era un tipo notable: un metro ochenta de estatura, constitución regular, erguido, cabellos rubios, ojos azules, impecable dentro de su bien cortado traje de pura lana color beige claro.

—Déjame solo con el señor Vaskowich, Andrew —indicó Stanford, expresándose en un inglés tan impecable como su propio aspecto. Y el chófer, tras un instante de vacilación, abandonó la taberna.

Vaskowich estudió con descortés insistencia a su visitante.

Al cabo, indicó, aunque con el mayor desinterés:

—¿Quiere sentarse?

Stanford examinó la sucia banqueta que el piloto de la INTERSPACE TRANSPORTS CO. le señalaba. Tras vacilar un segundo, movió con un pie la banqueta y se sentó sin disimular sus escrúpulos.

Vaskowich no tenía ganas de conversación. Llevaba dos meses deambulando de un tugurio a otro, emborrachándose a conciencia. Aunque temía confesárselo a sí mismo, Max no buscaba otra cosa que destruirse lentamente.

Quizá, sin proponérselo, buscaba correr la misma suerte que la desgraciada Lucy. Su esposa no había conseguido superar la pérdida de su hija y se había entregado al consumo de drogas y de alcohol con una insistencia increíble, de tal forma que a partir de la desaparición de Deby, Max no consiguió mantener con ella una conversación sensata.

Podría afirmarse que el día que murió la niña, murió también Lucy. A partir de aquel momento, la señora Vaskowich se despreocupó de todo, incluso su propio aspecto personal. Al principio, Lucy se encerraba en su habitación con una botella de whisky y una provisión de marihuana. Luego, la marihuana no fue suficiente y comenzó a pincharse.

Fue inútil que Max intentara salvarla: Lucy estaba ya definitivamente perdida, de modo que nadie podía hacer nada por ella.

De cuando en cuando, ella desaparecía de casa. Solía volver al cabo de una semana o dos, completamente derrotada, con las ropas sucias y malolientes y los cabellos desgreñados. No volvía porque sintiera la llamada del hogar o echase en falta a su esposo. Simplemente, volvía porque se le había terminado el dinero.

Una noche, la policía encontró a Lucy en un destartalado dock próximo a la estación. Se encontraba muy mal, a punto de morir, después de inyectarse varias fortísimas dosis de ácido. Junto a ella, la policía detuvo a cuatro bribones que se dedicaban al tráfico de drogas.

—Sabemos que su esposa se entregaba a ellos a cambio de una dosis, señor Vaskowich —le informó la policía. Y aquella declaración aún consiguió herir profundamente a Max, quien imaginaba que nada podría lastimarle ya.

Lucy fue internada en un centro de rehabilitación. A pesar de todo, Max acudió a visitarla en varias ocasiones. Pero era inútil: las drogas habían convertido a aquella mujer en una criatura lamentable, incapaz de reaccionar.

Pocos días más tarde, le llamaron de aquel centro de rehabilitación de drogadictos.

—Su esposa logró fugarse hace unas horas, señor Vaskowich. Se lo advertimos porque usted tiene derecho a saberlo y también por si la señora Vaskowich apareciese por su domicilio. Si es así, procure retenerla y avísenos inmediatamente.

—Está bien, les avisaré si ella aparece por aquí —prometió Max.

Estuvo buscándola toda la noche, vagando de un barrio a otro, registrando los tugurios, los burdeles y los lugares que solían frecuentar los drogadictos y sus criminales proveedores. Pero no la halló.

Al amanecer, derrengado y decepcionado, volvió al vacío I hogar y se arrojó sobre el lecho.

A las diez de la mañana, le despertó el zumbido molesto del teléfono.

—¿Señor Vaskowich? Hemos encontrado a su esposa.

—¿Sí? ¿Dónde estaba?

Se produjo una pausa. El policía que estaba al otro lado del hilo telefónico, carraspeó repetidamente.

—Está... Ha muerto, señor Vaskowich. Siento tener que darle esta noticia.

—Pero ¿cómo... cómo...?

Al policía le costaba mucho esfuerzo explicarse con cruda claridad. Pero Max quería saberlo todo, por lo que el funcionario terminó contándole la verdad.

Después de fugarse, oscuras razones que jamás podrían desentrañarse, habían orientado los pasos de Lucy Vaskowich hasta el parque zoológico. Y un impulso irreflexivo le había empujado a abrir la jaula de los tigres de Bengala...

Los gruñidos de las bestias alertaron a los vigilantes. Cuando llegaron, los funcionarios se enfrentaron a una escena terrible: dentro de la jaula, cuatro tigres devoraban el cuerpo exánime de una mujer...

Max no quiso saber más. Aquel día se lo pasó gimiendo sordamente en la soledad de su alcoba matrimonial. De cuando en cuando, se mesaba los cabellos como un poseído y chillaba:

—¿Por qué, Dios mío, por qué? y se arañaba el rostro, dominado por la más intensa desesperación.

Al día siguiente, se emborrachó brutalmente. Y al otro y al otro. Hasta llegar a su lastimosa situación actual.

—He venido aquí para hacerle una proposición que estimo le interesará.

Max alzó bruscamente la cabeza y miró al elegante caballero que se sentaba rígidamente, erguida la espalda, ante él.

—¿Qué? —murmuró, pues se había olvidado completamente de Stanford.

—Estoy aquí para ofrecerle la oportunidad de ganar un millón de dólares —insistió el millonario.

Vaskowich le miró con desconfianza, pues en aquellos tiempos de crisis el que fuera ofreciendo un millón de dólares podía considerársele un loco.

—Váyase, no me interesa —gruñó, malhumorado.

—Es cierto. Estoy dispuesto a pagarle un millón. A cambio, usted tendría que comandar una gran astronave. Se trata de un avanzado ingenio, capaz de trasladar a más de trescientas personas a través del espacio. Y ello durante años enteros —insistió Stanford.

La curiosidad de Vaskowich se despertó.

—¿Dónde está esa fabulosa nave? —preguntó, tras vaciar su copa y sin molestarse en invitar a beber a su distinguido visitante.

Stanford sacó una cartulina de un bolsillo interior de su chaqueta. Max la miró con indiferencia, pero a los pocos segundos apenas podía disimular su interés.

—Parece algo más que un montón de chatarra —expresó—. ¿Dónde está este bello trasto?

—En lugar seguro, vigilado por docenas de guardias armados y arropado por un complejo sistema de seguridad. Su nombre es «EMPEROR OF THE GALAXIES» y le está esperando, comandante Vaskowich —pronunció Stanford con una leve sonrisa en sus finos labios.

Max volvió a llenar su vaso. Por una vez en largos meses, algo había logrado despertar su atención y su interés.

—Bien. ¿Adónde se propone ir, exactamente? —inquirió.

—Como comprenderá, no es prudente tratar de ese asunto aquí. ¿Por qué no me acompaña a dar un paseo en mi automóvil? Entre tanto, yo le explicaré detalladamente mi proyecto —respondió el millonario.

Max vaciló. ¿Valdría la pena abandonar el cálido, aunque infecto, refugio de la taberna?

Finalmente, se decidió. Tras dejar un arrugado billete sobre la mesa, se puso en pie y dijo:

—Está bien, señor Stanford.

CAPÍTULO V

—¡Están todos locos! —exclamó Vaskowich, tras escuchar a mister Stanford.

—¿Porque nos proponemos llegar más allá de Júpiter? Usted sabe que

eso es posible. De todas formas. cuando haya examinado la astronave, usted mismo coincidirá en que es perfectamente posible —arguyó el millonario.

Se trataba de un proyecto fabuloso, hecho posible merced a las cuantiosas fortunas de un centenar de socios del elitista Club de los Millonarios.

En síntesis se trataba de un tour de placer que duraría algo más de un año. Stanford fue claro al respecto:

—La situación política actual es grave y los augurios no son muy agradables. Nosotros pretendemos huir de las preocupaciones que nos amargan la existencia para abordar una experiencia apasionante. En otras palabras, Vaskowich: hemos construido el más avanzado vehículo, capaz de hacemos conocer las maravillas del Universo.

—¿Y qué pretende de mí?

—Usted comandará el «EMPEROR OF THE GALAXIES». Me he informado bien respecto a usted y sé que es el hombre que necesitamos. ¿No le tienta la idea de tener entre sus manos nuestra magnífica astronave?

Ladinamente, Stanford espió el rostro de Vaskowich, y en sus facciones vio lo que esperaba: avidez, ansiedad, intenso interés. Las aletas de la nariz de Vaskowich se habían dilatado y sus ojos brillaban intensamente. Sí, decididamente, parecía muy atraído por el ambicioso proyecto.

La sugestiva voz del millonario continuó desplegando ante su imaginación los detalles de la fabulosa aventura.

—La astronave está dotada de los elementos más avanzados de propulsión, dirección y evolución. La gravedad artificial, por ejemplo, es un hecho que permite permanecer cómodamente a bordo por espacio dilatado de tiempo, sin que el organismo humano resulte afectado en lo más mínimo. Sus almacenes estarán llenos a rebosar de provisiones, agua, maquinara de mantenimiento, repuestos... Hay amplios salones y alojamientos soberbios. Incluso una piscina, un pequeño jardín experimental, un gimnasio que puede convertirse en solario…

El lujoso y confortable automóvil blindado de Frederick Stanford rodaba a gran velocidad hacia el sur.

Ciertamente, el Gobierno había impuesto innumerables restricciones, la de gasolina y otros carburantes entre ellas. Pero evidentemente, los millonarios poseían suficiente poder como para saltarse a la torera todas aquellas limitaciones.

¿Hacia dónde se dirigían? Según la dirección que seguía, hacia la Base Ainsworth, punto de partida en Norteamérica de las expediciones que constantemente partían hacia la Luna, donde se llevaba a cabo una actividad febril para activar la construcción de las ciudades artificiales ideadas por unos ambiciosos empresarios.

Cuanto más hablaba Stanford, más y más le despreciaba Vaskowich.

En definitiva, el Club de los Millonarios había proyectado aquel singular *tour* de placer con un motivo capital: poner a salvo a un grupo de potentados.

En cuanto a esto, Stanford fue muy claro.

—En las actuales condiciones de tensión entre los dos bloques, es predecible una guerra nuclear, total, a corto plazo —expuso—. Si ello ocurre mientras nosotros estemos lejos de aquí, nos habremos salvado. En cuanto sepamos que la destrucción total ha estallado, sabremos a qué atenemos.

—Pero ¿piensan vagar a través del espacio indefinidamente o quizá solamente hasta que las condiciones de habitabilidad de la Tierra variasen? —planteó Vaskowich y añadió—: víveres, las provisiones se terminarán algún día…

—Ciertamente —sonrió Stanford, complacido—. Las provisiones del «EMPEROR OF THE GALAXIES» se acabarán, pero nosotros hemos tomado precauciones.

—¿Qué quiere decir?

—No puedo ser más claro hasta no estar seguro de usted.

Si se decide a firmar el contrato hablaré con más claridad —repuso el millonario.

Más tarde. Vaskowich estaría al tanto de todo: la seguridad de que Stanford hacía alarde se basaba en los colosales depósitos de provisiones de toda índole que existían en la Luna. Según supo, aquellos almacenes eran subterráneos secretos, y se encontraban bajo la infraestructura del complejo turístico lunar llamado Moon-Paradise.

Actualmente, Moon-Paradise acogía a miles de turista adinerados y caprichosos, que podían permitirse unas vacaciones en el satélite. Pero si la Tierra era destruida, sus propietarios —los socios del Club de los Millonarios— se reservarían su utilización exclusiva.

—Hemos construido colosales invernaderos dotados de atmósfera artificial capaces de asegurar magníficas cosecha de frutas y verduras. También disponemos de una granja, en la que se crían experimentalmente animales que produce abundante carne, ejemplares selectos que, junto con los invernaderos, asegurarán nuestra subsistencia incluso en las condiciones más extremas —añadió Stanford.

A su pesar, Vaskowich seguía con suma atención las descripciones del millonario. Y tuvo que aceptar que el Club de los Millonarios lo había previsto todo.

Sin embargo, la postura de aquellos individuos era sumamente egoísta. Si la Tierra resultaba destruida e inhabitable millones y millones de seres humanos perecerían en medio de horribles sufrimientos. Sólo se salvarían los predestinados los afortunados potentados que poseían fortunas inmensas capaces de crear un paraíso artificial en la Luna. Todos lo demás estaban abocados a desaparecer.

Como si pudiera penetrar en su mente. Sranford le miró fijamente y pronunció:

—Y usted puede ser uno de esos predestinados, Vaskowich. Muchos darían colosales fortunas por salvar la vida asegurarse la existencia en condiciones humanas, pero usted no tendrá que aportar ni un centavo: sólo su entrega profesional. Y pasará a formar parte del privilegiado grupo de lo supervivientes.

La proposición era muy atractiva, pero Vaskowich, en su fuero interno, maldijo al millonario.

—Ya veo cuanto les intereso —comentó, mordaz.

—Es cierto —aceptó fríamente el señor Stanford·—. Pero si usted no acepta esta ventajosa oferta, otro ocupará su lugar.

Minutos más tarde, el automóvil penetraba en las dilatadas instalaciones de la Base Ainsworth, después de que los centinelas identificasen a los pasajeros.

El coche rodeó la zona formada por el centro de seguimiento, los

talleres y hangares y avanzó hacia el sudoeste a través de una pista fuertemente vigilada.

Finalmente, el coche aminoró la marcha cuando se acercaban a un gran hangar aislado. Centinelas fuertemente armados vigilaban desde las plataformas instaladas en altas torretas metálicas y más de un centenar de guardias de uniforme auxiliados por perros-policías rodeaban el gran hangar.

—Bajemos —propuso Stanford.

Nuevamente, se vieron obligados a mostrar sus documentos a los vigilantes. Luego, Stanford le guió hasta una pequeña puerta lateral.

En cuanto pasaron, la puerta metálica se cerró.

—¿Qué le parece? —preguntó el millonario, observándole orgulloso.

Vaskowich había perdido el habla. Sus ojos, estupefactos, contemplaban con innegable admiración la estructura de aquella nave plateada con diseño de puntiaguda flecha.

El «EMPEROR OF THE GALAXIES» destellaba como una joya bajo la luz que penetraba a través de las cristaleras cenitales. Alrededor de él, más de doscientos operarios, subidos en plataformas móviles, daban los últimos toques a la fabulosa astronave, que debía medir no menos de doscientos metros desde la afiladísima proa hasta los aerodinámicos planos y timones situados a popa. Bajo las alas, en delta deprimida, asomaban las colosales toberas de propulsión.

Para Max Vaskowich, se trataba de la más soberbia nave jamás contemplada. Todo en aquella fascinante estructura daba la sensación de potencia y seguridad.

—¿Qué le parece? —repitió Stanford, impaciente.

—Un mastodonte soberbio —respondió Vaskowich, subyugado—. ¿Qué hacen esos hombres? —señalaba a los operarios que se afanaban sobre las plataformas móviles.

—Dan el último toque a nuestra magnífica nave. Cuando terminen, todo el fuselaje del «EMPEROR OF THE GALAXIES» estará recubierto de eficacísimas placas solares, diseñadas por un genio, el profesor Julius Van Blaustein. Esas placas no sólo servirán de aislamiento y protección a la nave, sino que producirán una cantidad de energía prácticamente inagotable. Aunque el sistema de propulsión nuclear se

agotase o fallase, aunque todos los grupos de generadores de a bordo dejasen de funcionar eventualmente, la nave podría continuar su camino inexorablemente, manteniendo cubiertos todos los servicios —respondió, muy ufano, el millonario.

Max contemplaba, hechizado, la colosal estructura del «EMPEROR OF THE GALAXIES», pero Stanford le tocó levemente en un hombro y le sacó de su abstracción.

—Venga, acompáñeme: vamos a subir a bordo —le animó. Max ni siquiera reparó en el fornido individuo que acudía a su encuentro, al parecer uno de los ingenieros que habían diseñado la astronave.

De pronto, el vientre de la nave se abrió y una escalera metálica descendió hasta el suelo.

—Sígame —invitó Stanford, y ambos se introdujeron en el seno de las maravillas.

Atravesaron una especie de vestíbulo ornado con lujuriantes plantas ecuatoriales, recorrieron largos pasillos, inspeccionaron las bodegas, los grupos de generadores, los lujosos camarotes, los amplios salones principescamente decorados y, finalmente, examinaron los equipos de propulsión y la amplia y bien dotada cabina de navegación.

—Estos son sus dominios, Max Vaskowich —ofreció míster Stanford con un lento ademán ampuloso—. Y ahora, que ya lo ha visto todo, ¿qué decide?

—Necesito tiempo para pensarlo —respondió Max, desorientado—. No quiero tomar una decisión precipitada.

Pero Stanford le miró con dureza.

—Debe elegir ahora. Yo no puedo perder el tiempo. Diga sí o no —exigió—. Si usted declina mi ofrecimiento, he de disponer de tiempo para encontrar al hombre que ocupará este puesto.

Max reflexionó.

Si era cierto que el mundo iba a estallar, ¿por qué no elegir la solución más segura? Al fin y al cabo, nadie se preocuparía por él en la Tierra cuando el «EMPEROR OF THE GALAXIES» abandonase la Base Ainsworth.

Si declinaba la propuesta de Stanford, acabaría, alcoholizado, en

cualquier hospital del Estado. Por el contrario, si aceptaba aún había lugar a la esperanza.

—Acepto —respondió, ya decidido—. Pero responda a una pregunta: ¿Por qué además de facilitarme la salvación en caso de destrucción de la Tierra, me ofrece una pequeña fortuna?

Stanford sonrió fríamente.

—Al fin y al cabo, todavía existe la posibilidad de que nuestros gobernantes se muestren sensatos. Y en ese caso, cuando termine nuestro viaje, podrá tornar a la Tierra y continuar bebiendo hasta reventar —respondió crudamente el millonario.

CAPÍTULO VI

El «EMPEROR OF THE GALAXIES» proseguía su singladura hacia el planeta Marte.

Por supuesto, la astronave se limitaría a describir varia órbitas alrededor del planeta, pero con ello los socios de Club de los Millonarios podrían gozar examinando la inhabitable superficie de Marte, gracias a los poderosos telescopio electrónicos instalados en el fuselaje de la astronave.

Aquella mañana, el comandante Vaskowich se cruzó en uno de los rutilantes pasillos con Pearl Stanford. Durante la larga vigilia de la noche anterior, Max había desmenuzado mentalmente cada secuencia del episodio en el que logró liberar a miss Stanford de su encierro en la «toilette». Por otra parte, había oído comentar el incidente entre la tripulación y los camareros: al parecer, Pearl Stanford había comentado muy excitada que el comandante Vaskowich la había salvado de morir asfixiada en el tocador.

Max estaba dispuesto a aclarar el enredo, es decir, a declarar que miss Stanford jamás había corrido peligro de muerte y que sus temores sólo habían sido provocados por nerviosismo.

Lo tenía decidido, cuando vio venir por el pasillo a la hija del presidente del Club de los Millonarios, acompañada por Dyane

Kadenberg, hija de Dana Kadenberg, el conocido constructor de refugios anti-atómicos.

Miss Stanford le miró un momento, pero cuando amba jóvenes llegaban a la altura del comandante Vaskowich, Pear se volvió hacia miss Kadenberg, ignorando olímpicamente

—Así que has decidido volver a tu distante pedestal —reflexionó, irónico, Vaskowich—. Perfectamente, de este modo ya sabemos a qué atenernos.

Continuó su camino hacia la cabina de navegación sin volverse una sola vez, a pesar de que a su espalda resonaron unas risitas que Vaskowich atribuyó a la atractiva miss Kadenberg.

En cuanto entró en la cabina, Dick Chillit, uno de los técnicos que se encontraba de guardia, dijo:

—¡Ah, comandante! Precisamente me disponía a enviar le un aviso urgente. Acérquese, por favor. Quiero que examine esta manchita en la pantalla del radar.

Vaskowich cruzó la cabina rápidamente y miró por encima del hombro de Chillit. Lo que llamaba la atención del operador era una diminuta mancha oscura que destellaba a intervalos sobre el panel luminoso.

—Debe encontrarse a unas seis horas de viaje —añadió Chillit, moviendo la cabeza con evidente preocupación—. A juzgar por la intensidad de la señal, yo diría que se trata de un objeto de gran tamaño, de dimensiones levemente inferiores a las de nuestra nave.

—¿Un colosal aerolito, un asteroide quizá? —consultó Max.

—El analizador hará una valoración exacta dentro de unos segundos: acabo de conectarlo —respondió Chillit.

Aguardaron con cierta ansiedad, hasta que una lámpara testigo destelló tres veces y comenzaron a aparecer datos en la pantalla del analizador.

«Dimensiones aproximadas: 125.92.11 m.

Consistencia: metálica.

Señales de radio-frecuencia: sí.

Velocidad: 1. 631 m/s.

Dirección: Berenice, aprox.»

Durante unos segundos, Chillit y Vaskowich permanecieron abstraídos en la contemplación de los datos que aparecían sobre l apequeña pantalla del analizador espacial.

Al cabo, el operador rompió el silencio:

—Esas dimensiones…

—Son las típicas de una astronave —asintió Chillit, intrigado: ciento veinticinco de longitud, 92 de anchura, 11 de espesor, son medidas equilibradas, propias de un vehículo espacial. Y además están las señales de radio-frecuencia, propias de un radio-faro o de una nave que quiere comunicar su posición a cualquier astro vehículo que pueda hallarse en las inmediaciones.

—¿No se ha producido ningún mensaje específico? —preguntó el comandante, muy interesado.

—No hasta ahora. ¿Quiere que siga a la escucha?

—Sí, conecte las tres bandas en frecuencia modulada —indicó Vaskowich, y Chillit obedeció inmediatamente.

Durante unos minutos, permanecieron en silencio mientras contemplaban la pantalla del radar y escuchaban los leves rumores que provenían de las estrellas.

Vaskowích se separó de Chillit para buscar un cigarrillo en el puesto del piloto. Y en aquel momento, se dejó oír claramente el «bip-biiip» de una comunicación de radio transmitida en Morse.

Vaskowich tiró el cigarrillo y corrió junto a Dick Chillit.

No fue preciso que el operador le desentrañase el mensaje, pues la señal era clarísima: bip-bip-bip, biiip-biiip-biiip, bip· bip-bip-, es decir, en lenguaje Morse, tres puntos, tres rayas, tres puntos, o lo que es lo mismo: S.O.S., la señal universal de socorro.

—Es, evidentemente, una petición de ayuda, pero ¿quién la envía? —

murmuró Max, cada vez más intrigado y atento, —No hay más datos. Sólo eso: S.O.S. —dijo.

Aguardaron, perplejos. Luego la señal cesó bruscamente.

Diez minutos después volvía a dejarse oír de nuevo, por lo que Chillit y Vaskowich establecieron que fueran quienes fueren, los que estaban en problemas enviaban el mensaje al espacio de forma intermitente, exactamente cada seiscientos segundos.

—¿Qué hacemos? ¿Quiere que intente comunicarme con esos desconocidos? —propuso Dick Chillit.

—Aguarda, voy a comunicar el incidente al señor Stanford —repuso el comandante.

Fue al puesto de pilotaje y pulsó una tecla del intercomunicador de a bordo.

—¿Señor Stanford? Acabamos de detectar una señal radiofónica importante. ¿Quiere venir a la cabina de navegación? —pronunció.

—Iré en seguida —respondió el millonario, sin hacer ninguna pregunta.

Precisamente una de las manías de Frederick Stanford consistía en mantener en secreto una serie de minucias de dudoso interés. Cuando el «EMPEROR OF THE GALAXIES» abandonó Moon-Paradise, el autoritario personaje que cargaba con el sobrenombre de «Saco de Dinero», había decidido suprimir todas las escuchas de los programas de radio procedentes de la Tierra. Para justificar su decisión, se limitó a invocar:

—Hemos abandonado nuestro planeta para explayar nuestros espíritus y olvidar todas las miserias que suceden en la Tierra. Las noticias procedentes de allá no son muy optimistas y sólo servirían para perturbar nuestros corazones y aguarnos la fiesta. De modo que es oportuno suprimir todos los programas que provengan de allá, incluso los musicales.

La prohibición iba dirigida a todos, incluidos los técnicos.

La única excepción era el comandante Vaskowich, quien, por otra parte, jamás se hubiera plegado a una limitación de tal índole. Por su parte, Max suponía que Stanford no había vuelto a escuchar un programa de radio desde que abandonaran la Tierra. El sólo pretendía

gozar del viaje y olvidar cualquier preocupación que trajese la inquietud a su espíritu.

Un momento después, el autoritario director del tour espacial penetraba en la cabina de navegación.

Clavó en el rostro de Vaskowich sus penetrantes ojos azules e inquirió:

—¿De qué se trata, comandante?

—Hemos detectado un obstáculo en nuestro camino, a poco menos de seis horas de viaje. A juzgar por las características de ese objeto, podría tratarse de un astro-vehículo. Casualmente, poco después hemos escuchado un S.O.S. a través de la radio —informó Max Vaskowich.

Stanford se aproximó y consultó los datos en la pantalla del analizador espacial. Luego, con fría determinación, tocó levemente la espalda de Dick Chillit y dijo:

—¿Tiene la amabilidad de dejamos solos unos minutos, señor Chillit?

Dick, cuyo rostro había enrojecido, vaciló. Al cabo, murmuró un forzado «Desde luego, señor Stanford», y se marchó.

—¿Por qué ha echado a Chillit, señor Stanford? —preguntó el comandante, rabioso.

—Porque en ciertas cuestiones lo mejor es que los demás sepan lo menos posible. Y esta ocasión podría ser una de ellas —puntualizó «Moneybag», sin alterarse lo más mínimo—. Y ahora, dígame: ¿tiene alguna idea de quiénes son los que envían el S.O.S.?

—Ninguna.

—Quiero decir: ¿son… terrestres? —insistió Stanford.

—Eso parece evidente —sonrió Vaskowich—, puesto que utilizan el alfabeto Morse para pedir ayuda.

— Ya —murmuró el millonario, distraído—. Esperemos a que vuelva a reproducirse esa señal —propuso.

La siguiente petición de socorro se produjo exactamente a seiscientos segundos de distancia de la anterior. Tras escucharla con singular atención, Stanford indicó:

—Desconecte la radio.

—¿Cóooomo? —exclamó Vaskowich, que temía no haber oído bien.

Pero Stanford le miró impasible a través de sus fríos ojos. —Le he pedido que desconecte la radio —repitió.

Unas chispitas de cólera destellaron en los ojos de Vaskowich, que se tornaron de un gris oscuro tormentoso.

—No pretenderá que desoigamos esa llamada de socorro —expresó, esforzándose en conservar la calma.

—Vamos, reflexione, comandante: ¿quién nos dice que esa llamada provenga de una astronave en apuros? Probablemente se trata de un eco del espacio o tal vez la llamada proviene de uno de los transportes que viajan constantemente entre la Luna y la Tierra; en cualquier caso, el problema no es nuestro —explicó con toda la tranquilidad del mundo el señor Stanford.

Vaskowich hizo acopio de paciencia.

—Creo que no lo ha entendido, señor. La llamada proviene de la astronave que viaja a pequeña velocidad delante de nosotros. Esa nave se encuentra apenas a cien mil kilómetros de distancia —se esforzó en explicar—. Y posiblemente las personas que viajan en el astrovehículo necesitan ayuda con urgencia, caso contrario no repetirían su mensaje con tanta insistencia. Imagine que nosotros nos encontrásemos en su caso, que necesitásemos ayuda vitalmente y nos fuera negada. ¿Cómo se sentiría usted?

Stanford dejó escapar una sorda carcajada, carente de todo humor.

—No tengo que sentirme de ninguna forma en especial, puesto que estoy seguro de que esa llamada intermitente no proviene de ninguna astronave que se encuentre a distancia prudencial…

—¿Ignora acaso que el radar ha detectado un cuerpo sólido de considerables proporciones, y que ese objeto se halla precisamente en nuestra ruta a Marte? —insistió Vaskowich, exasperado.

—Evidentemente, se trata de un asteroide —dictaminó el millonario, con gran seguridad—. Y un asteroide de esa masa supone un peligro cierto para nosotros. Por tanto, su obligación es desviar unos grados el «EMPEROR OF THE GALAXIES».

Dando por liquidado el asunto, Stanford se volvió desde la puerta.

—Estoy seguro de que es precisamente lo que usted hará, comandante —dijo por último, y se marchó.

A solas, Max Vaskowich despotricó entre dientes, íntimamente rabioso.

—Está loco si cree que voy a cerrar los ojos a una llamada de socorro —murmuró.

Pero imponiéndose a su ira, volvió a consultar los aparatos de la consola. El puntito oscuro estaba allí, inconmovible, ocupando una porción minúscula en el espacio negro de la pantalla. De cuando en cuando, del puntito brotaba un leve destello, como si los tripulantes y habitantes de aquella misteriosa nave se esforzasen desesperadamente en recordarle que estaban allí y oue necesitaban ayuda urgente.

—¡Hablad! —gruñó Vaskowich, impaciente—. ¡Decid algo! ¿Por qué no os identificáis?

Pero nueve minutos después volvía a dejarse oír el estricto bip-bip-bip. Biiip-biiip-biiip. Bip-bip-bip de la señal universal de socorro.

¿Por qué, si necesitaban ayuda, no radiaban otros datos complementarios?

Vaskowich se sentía atraído por aquel enigma.

Utilizó el intercomunicador e hizo venir a Cam Carroll, el cual se mostró tan intrigado como él.

Apresados por la curiosidad, los dos hombres permanecieron en la cabina de navegación sin separarse un momento de la consola de detección, seguimiento y comunicaciones. Se sentían tan interesados en desentrañar aquel misterio, que ni siquiera acudieron al comedor a la hora del almuerzo.

Más tarde llegaron Millar, Chillit y los ingenieros Peters, Hogarth y McLean que componían el equipo de mantenimiento, todos los cuales se mostraron igualmente curiosos e interesados.

Carroll y Vaskowich se dejaron revelar mientras comían los bocadillos que una camarera acababa de traer les a requerimiento de Chillit, pero en cuanto hubieron dado cuenta del frugal almuerzo volvieron a sus puestos de observación y dirigieron los trabajos de seguimiento y

aproximación al misterioso objeto señalado por el radar.

A medida que la distancia entre el «EMPEROR OF THE GALAXIES» y el desconocido objeto se acortaba, las indicaciones del analizador espacial se iban tornando más precisas:

«Exterior de metal liso, plateado.

Extremo más alejado terminado en punta.

Fuselaje de forma triangular.

No hay emisiones calóricas.

Sí pequeños desprendimientos radiactivos»...

Carrol dejó escapar un gruñido.

—Si Stanford sigue insistiendo en que no se trata de una astronave, debe estar loco de remate —comentó. Y todos los demás estuvieron de acuerdo.

Vaskowich se volvió hacia los hombres de su equipo.

—Quisiera conocer tu opinión, Ben —dijo al ingeniero McLean—. ¿Cuál crees que es la causa de la pequeña velocidad de crucero a que se traslada esa enigmática astronave?

—Reparad en un apéndice del informe del analizador espacial. Dice «No hay emisiones calóricas». Eso indica que sus generadores están parados y que ese astro vehículo se desliza a través del espacio por su propia inercia.

Max se mostró muy interesado al oír tal declaración.

—Eso... podría significar que la nave avanza sin gobierno —expuso, reflexivo.

—Sí, eso es lo que pienso —convino Sen McLean.

—Y ¿qué hay de sus tripulantes y ocupantes? —planteó Chuck Peters —. ¿Es que se han echado a dormir todos o...? —calló bruscamente.

Un pensamiento inquietante asaltó a todos los que se encontraban en la cabina de navegación.

—O muertos, sí —expresó crudamente Cam Carroll—. Es posible que estén muertos.

Vaskowich tabaleó con las yemas de sus dedos sobre la bancada.

—No adelantemos acontecimientos —les llamó al orden—. Dentro de pocos minutos, esa nave estará al alcance de nuestros telescopios. Por tanto, no tardaremos en salir de dudas.

CAPÍTULO VII

Vaskowich pulsó la tecla número uno de su intercomunicador.

—¿Señor Stanford? Ya no hay lugar para el error: el objeto detectado por el radar es una astronave del tipo «MOON-CYCLOPS». Incluso puedo distinguir a través del telescopio su clave de identificación: KYW-089. Y el S.O.S. sigue escuchándose cada diez minutos exactamente. Le ruego que venga a la cabina de navegación —expresó.

Se produjo una pausa, en la que Vaskowich creyó percibir un leve siseo. Y luego:

—Mi padre sufre una indisposición, comandante. Se encuentra en cama y no podrá presentarse en su cabina —pronunció la voz de Pearl Stanford.

—¿Tan grave es su indisposición que le impide trasladarse aquí? —se extraño Vaskowich. Como miss Stanford no hiciera ningún comentario, el comandante añadió—: Está bien, en ese caso tomaré mis decisiones sin contar con él.

—¿Qué se propone hacer exactamente, comandante Vaskowich? —resonó la voz cuidadosamente modulada de la hija de Stanford.

—Verá, señorita: hay leyes internacionales y yo me atrevería a llamar incluso universales, que obligan a todos los navegantes a acudir en ayuda de la nave que pida socorro. Eso es, en definitiva, lo que pienso


hacer.

—Pero…

—Yo, personalmente, dirigiré la maniobra de aproximación a la «MOON-CYCLOPS», para lo cual tendremos que dar ingnición a los propulsores de frenado, de modo que la velocidad de nuestra astronave se equilibre con la del vehiculo que trataremos de abordar. En cuanto las dos naves estén a la misma altura, intentaremos averiguar cuál es la causa del S.O.S.

—Un momento, comandante. He de consultar con mi padre —le interrumpió la voz de miss Stanford.

Frederick Stanford se rebulló, inquieto, en su regio lecho.

De un manotazo, apartó las ropas con las que se había cubierto incluso la cabeza y rugió:

—¡Dile a ese loco que siga adelante! Nada se nos ha perdido en el espacio. Abordar esa misteriosa nave supone una locura y un riesgo considerable.

—Pero ¿por qué, papá? —inquirió su hija, desconcertada—. Si quieres que te diga lo que siento, pienso que Vaskowich tiene razón: tenemos la obligación de ayudar a quien esté en apuros.

Stanford volvió a cubrirse la cabeza con las ropas.

—¡Al diablo con todos! —bramó. Y al cabo de unos segundos de revolverse furiosamente en el lecho—. Está bien: dile a Vaskowich que haga lo que le parezca. Pero adviértele que la responsabilidad en caso de accidente caerá exclusivamente sobre su cabeza.

Una leve sonrisa distendió los labios de miss Stanford.

—Mi padre dice que puede usted dirigir la operación de aproximación y les recomienda que tengan cuidado —dijo al comandante a través del intercomunicador.

Max tornó a pulsar la tecla número Uno que desconectaba la comunicación y se volvió hacia los hombres de su equipo.

—Ya lo habéis oído: iniciamos la aproximación —ordenó. Entre tanto, en la alcoba de Frederick Stanford, su hija rozaba levemente el cuerpo de su padre y se disponía a abandonar la estancia.

—¿Adónde vas? —exclamó el millonario, asomando nuevamente la cabeza por encima del embozo.

—No pienso perderme ni un solo minuto de la aproximación a esa extraña astronave a la deriva —respondió con voz firme su hija—. Al fin y al cabo, alguno de los Stanford debe estar presente.

Y abandonó la alcoba, sin escuchar las airadas protestas de su padre.

Mientras caminaba a buen paso a través del pasillo, Pearl se preguntó por qué su padre insistía en fingirse enfermo. ¿Era razonable pensar que estuviera asustado por le hecho de que el comandante Vaskowich se dispusiera a abordar a la misteriosa «MOON-CYCLOPS»?

—¡Imposible! —se respondió a sí misma—. Tiene demasiado carácter como para asustarse por semejante motivo.

Un momento después, penetraba en la cabina de navegación. El equipo formado por los hombres de Vaskowich permanecía frente a los aparatos de control, atentos a la delicada maniobra, de modo que el único que se volvió al escuchar los pasos de la mujer fue el comandante.

Por un instante, la sorpresa se reflejó en los ojos de Vaskowich. Después sus facciones adoptaron una expresión fría y distante.

—¿Puedo preguntar qué significa su presencia en esta cabina, miss Stanford? —preguntó Vaskowich.

— Ya que mi padre no puede venir, me gustaría estar presente durante la maniobra. ¿No le importa?

La expresión del comandante se distendió levemente.

—No me importa, mientras no interfiera en nuestro trabajo —respondió.

—No se preocupe. No seré ningún estorbo —especificó ella, aunque irguió orgullosamente el mentón y llenó sus pulmones de aire, con lo que sus senos se hincharon atractivamente bajo la fina malla de su blusa elástica.

Apartó sus ojos de Vaskowich y alzó la mirada hacia la gran pantalla situada sobre la larga consola de instrumentos.

Sobre el negro terciopelo del espacio, un objeto plateado destacaba

poderosamente. Era la silueta de la «MOON-CYCLOPS» KYW-089, —que flotaba silenciosamente a la izquierda de la ruta seguida por el «EMPEROR OF THE GALAXIES».

—¿Deceleradores? —preguntó Vaskowich en voz alta.

—En marcha, listos para la maniobra —respondió el ingeniero McLean.

—Adelante. Decelerar hasta 1. 700 metros por segundo —ordenó Vaskowich. Y miró a Carroll, que ocupaba el puesto del primer piloto —. Atento a la maniobra, Cam. Procura emparejar con el KYW-089.

—Entendido. Acción en los deceleradores —respondió el copiloto.

Se produjo una leve vibración en la estructura del «EMPEROR OF THE GALAXIES», como reacción al frenado impuesto por los retro-propulsores situados a proa.

—Tres mil metros por segundo... Dos mil quinientos...

Dos mil —fue cantando Sen McLean, a medida que la astronave aminoraba su marcha.

—Despacio ahora. Propulsores de popa fuera —indicó el comandante.

En la gran pantalla, la silueta deslumbrante del «MOON-CYCLOPS» se iba aproximando aceleradamente por la izquierda, hasta que los menores detalles de su fuselaje se hicieron visibles.

En la cabina de navegación se respiraba un ambiente lleno de tensión, que incluso Pearl Stanford podía percibir. Ella misma se sentía excitada y su respiración, que procuraba contener, se había tornado más rápida.

Sus bellos ojos, muy abiertos, seguían con concentrada atención todos los movimientos y comunicaciones que se producían entre los hombres del equipo de Max Vaskowich.

—Mil setecientos metros por segundo —anunció la voz bien timbrada de Ben McLean.

—Perfecto. Precaución ahora, Ben. Sólo una leve rectificación en los deceleradores y estaremos a la altura de esa astronave —dijo Vaskowich.

En efecto, minutos más tarde las dos astronaves se hallaban

emparejadas. Esto era comprobable a través de la pantalla de televisión frontal: por encima del fuselaje de babor del «EMPEROR OF THE GALAXIES» se veía flotar impávida la silueta plateada del «MOON-CYCLOPS».

—Millar —nombró el comandante al operador de comunicaciones—. Vuelve a transmitir la llamada por radio.

—En seguida, jefe —respondió Millar. Y se ajustó los auriculares.

Tres horas llevaban transmitiendo aquel mensaje sin obtener ninguna respuesta.

«AQUI TRX-"EMPEROR OF THE GALAXIES".

HEMOS RECIBIDO VUESTRO SOS, KYW-089.

ESTAMOS DISPUESTOS A APROXIMARNOS

Y OFRECEROS NUESTRA AYUDA.

KYW-089, KYW-089, ¿NOS ESCUCHAN?»

Las repetidas llamadas de radio a la astronave «MOON-CYCLOPS» había sido transmitidas de viva voz y también en Morse, pero en ningún caso se recibió respuesta.

Y ahora mismo, Millar repetía incansablemente ante el micrófono:

—KYW-089 «MOON-CYCLOPS», KYW-089 «MOON-CYCLOPS», ¿pueden recibimos? ¡Responda!

Pero los receptores de a bordo no recibían otra respuesta que el lacónico S.O.S., exactamente cada seiscientos segundos.

La voz de Vaskowich rompió el silencio.

—Es extraño —exclamó—. Si están ahí, ¿por qué no responden?

Millar siguió insistiendo, pero el contacto con la KYW-089 no se produjo.

Durante dos minutos, todos permanecieron en silencio, aguardando,

expectantes, una señal de vida por parte de la «MOON-CYCLOPS».

Carroll se volvió en su puesto y buscó con la mirada al comandante.

—Bien. ¿Cuál es tu idea, Max? —preguntó.

—Abordar la «MOON-CYCLOPS» con uno de nuestros «Gliders» de propulsión a gas —respondió Vaskowich. Recorrió con la mirada los rostros de los presentes, incluida miss Stanford, y añadió—: Como comprenderéis, no tiene ningún sentido esforzamos en la maniobra de aproximación, si no obtenemos algún resultado práctico.

—Y una vez junto a esa astronave, ¿qué se propone hacer, comandante? —indagó Pearl Stanford.

—Abriremos una escotilla con un soplete de oxi-corte y penetraremos en la KYW-089 para averiguar qué ocurre en su interior —respondió Vaskowlch. y los hombres de su equipo le respaldaron con sus gestos de asentimiento.

—Me gustaría ver qué sucede a bordo de la «MOONCYCLOPS» —dijo miss Stanford. y con una timidez desacostumbrada, preguntó—: ¿Me dejaría acompañarles, comandante?

Max sonrió.

—Penetrar en esa astronave puede resultar arriesgado. ¿No le da reparo?

—No tengo miedo, si se refiere a eso. Por otra parte, procuraré no ser un estorbo —declaró, apretando los labios con obstinación.

—Muy bien, venga si ése es su capricho. Y ahora, manos a la obra —respondió Vaskowich.

Cinco minutos más tarde, la escotilla de la cámara de despresurización se abría para dar paso a un pequeño vehículo de forma ahusada. El «Gas—Glider» o deslizador impulsado y dirigido por chorros de gas iba ocupado por cinco personas equipadas con vestidos autónQmos protectores. Eran Max Vaskowich, McLean, Peters, Hogarth y Pearl Stanford.

El vehículo cubrió en menos de un minuto el centenar de metros que separaba a ambas astronaves y se posó suavemente sobre el plano de estribor del ala delta de la KYW—089. Los electro—Imanes instalados bajo el «Gas—Glider» entraron en acción y el pequeño deslizador quedó firmemente adherido a las planchas de acero.

Vaskowich fue el primero en abandonar el vehículo a través de una corredera del techo. En se~uida, le siguió Chuck Peters, que transportaba el equipo OXI—Corte.

Desde el «EMPEROR OF THE GALAXIES», Carroll seguía la operación a través de la pantalla. Vio surgir un punto destellante entre las siluetas de los dos cosmonautas y comprendió que estaban utilizando el soplete de oxi—corte para franquear una de las disimuladas escotillas.

Era una operación muy delicada. Cuando la finísima llama incandescente del soplete perforara las gruesas planchas y llegase al interior de la astronave, a través del agujero surgiría el aire a presión con descomunal violencia. Si Vaskowich y Peters no se sustentaban sólidamente al fuselaje, el chorro de aire les empujaría violentamente y les desplazaría a gran velocidad lejos de la «MOON-CYCLOPS», con evidente peligro para ambos.

De repente surgió un chorro blanquecino y los dos cosmonautas se apartaron prudentemente. No era otra cosa que aire, que se condensó rápidamente al contacto con la bajísima temperatura espacial y fue disgregándose lentamente hasta que las siluetas de los cosmonautas y el perfil del «Gas Glider» volvieron a hacerse visibles.

—¿Todo marcha bien? —preguntó Carroll rutinariamente desde la cabina de navegación.

La voz lejana de Vaskowich no tardó en llegar.

—Perfecto. El aire contenido en el compartimento estanco que debe haber al otro lado de esta escotilla ha escapado por completo. Ahora sólo tendremos que ampliar el boquete para introducir una mano y accionar desde dentro el cierre de la escotilla.

—O.K. Adelante —dijo Carroll, sin perder detalle de lo que estaba ocurriendo en el exterior.

Al cabo de pocos minutos, Vaskowich devolvía a Peters el equipo de oxi-corte e introducía su brazo derecho a través del considerable

boquete de la escotilla. Un agujero oscuro apareció sobre la superficie plateada de la «MOON-CYCLOPS».

El primero en penetrar en su interior fue Max Vaskowich, seguido de Chuck Peters. Luego Carroll identificó la silueta de Pearl Stanford, uno de cuyos brazos sujetaba Dan Hogarth. Luego apareció la mancha amarilla del equipo autónomo de Ben McLean.

En cuanto éste último hubo penetrado en la KYW-089, la escotilla se cerró.

CAPÍTULO VIII

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Pearl, deteniéndose bruscamente.

Acababan de cerrar la escotilla y Vaskowich se esforzaba en taponar el boquete abierto por el soplete en el metal. Era una chapuza, una forma precaria de evitar, aunque temporalmente, que el resto de los compartimentos se despresurizaran cuando avanzaran a través de la astronave.

Se encontraban en un compartimento-almacén lleno a rebosar de máquinas—herramientas y otros útiles de mantenimiento. Al fondo, se veía una puerta estanca dotada de una mirilla de grueso cristal.

El impulso inicial por parte de los demás, había sido dirigirse hacia aquella puerta, pero Vaskowich los había detenido con un gesto enérgico.

—Calma. Si abrimos esa puerta, el chorro de aire a presión nos zarandeará como a muñecos y nos arrojará al exterior. Tratemos de tapar este boquete primero.

Y allí estaba manejando el soplete y tratando de soldar los pedazos de metal que había cortado unos minutos antes para tener acceso a la astronave.

El gritito de miss Stanford fue escuchado por sus compañeros a través de su intercomunicador personal.

—¿Qué ocurre? —preguntó el comandante, irguiéndose con el soplete

en la mano.

A través del visor de su caso, Pearl les miró aterrada.

—¡¡Ratas, hay centenares de ratas ahí dentro!! —gritó, señalando con expresivos gestos al otro lado de la puerta estanca.

Pero Vaskowich no le prestó atención hasta que hubo terminado de taponar el boquete. Sólo entonces se dirigió hacia la puerta de comunicación con el interior de la nave, a cuyo alrededor se apelotonaban Peters, McLean y Hogarth.

Miró por encima de los hombros de sus compañeros a través de grueso cristal de la escotilla, y vio un estrecho pasillo al que daban media docena de idénticas puertas estancas. Una de las escotillas estaba abierta y un pequeño tropel de ratas grises entraban y salían.

—¡Hay más, muchas más! —exclamó Pear, esforzándose en hallar un resquicio en la mirilla a través del cual poder mirar—. ¡He visto una verdadera manada de ratas galopando por ese pasillo...!

—Cálmese —le recomendó Vaskowich, severamente—. Esos roedores no pueden hacemos ningún daño. Ahora, separaos de ahí —pidió a sus compañeros—. Voy a equilibrar la presión de este compartimento con el resto de la nave.

Su conocimiento de aquel tipo de astronave, le permitió encontrar en seguida la tapa de la trampilla en la que estaban alojadas las válvulas de presurización. Pulsó el extremo de una de ellas y en seguida el aire a presión penetró con un fuerte silbido en el compartimento en que se hallaban.

Un momento después, Vaskowich descorría el cierre de seguridad y dejaba el paso libre. En cuanto comprobó que la atmósfera era respirable, McLean comenzó a desembarazarse de la escafandra de su equipo de respiración autónoma.

—¡No lo hagas! —le atajó el comandante, acompañando sus palabras con un ademán enérgico—. Conservemos nuestros equipos. Aún no sabemos lo que vamos a encontrar ahí dentro.

Aunque a regañadientes, el ingeniero obedeció. Vaskowich avanzó por el angosto pasillo paso a paso. Al ver a los intrusos, las ratas salieron atropellándose a través de una puerta próxima y huyeron a la desbandada hacia el fondo del pasillo. Sus chillidos penetrantes de terror resonaron en los oídos de los exploradores, aunque atenuados

por los cascos isotermos que protegían sus cabezas.

Instintivamente, Pearl Stanford se aferró al brazo del comandante, que iba en cabeza del grupo. El giró la cabeza y la miró a través de la ampolla de cristal: la joven retiró vivamente su mano.

Un momento después, el silencio era absoluto a bordo de la «MOON-CYCLOPS».

—Se diría que los únicos seres vivos a bordo son las ratas —murmuró McLean. Y trató de disimular un escalofrío.

—Veamos —dijo Vaskowich, y avanzó pasillo adelante y se asomó a la puerta que permanecía abierta.

Era un camarote de reducidas dimensiones que contenía dos lechos plegables, cada uno de los cuales estaba ocupado por una persona. Ambos reposaban boca abajo, vestían «monos» de vivo color naranja y parecían dormir pesadamente.

Pero cuando Vaskowich penetró en la estancia y volvió uno de aquellos cuerpos, comprobó, vivamente impresionado, que aquella persona había muerto hacía largo tiempo. Al asirle por un hombro, sólo pudo palpar huesos bajo la tela. Cuando terminó de girarle, los cabellos se desprendieron del cráneo de una calavera monda por completo, y un polvillo grisáceo flotó en el aire durante unos instantes.

—Este también hace mucho tiempo que dejó de respirar —anunció Peters, que se hallaba al lado de Vaskowich examinando el otro cuerpo. Y rompió en una nerviosa risita.

Ambos se volvieron y miraron a Peters, Hogarth y miss Stanford, que les contemplaban impávidos desde la puerta.

—¿Qué fue lo que ocurrió a bordo de la «MOON-CYCLOPS»? —preguntó McLean, asustado.

—Aún es pronto para saberlo —respondió Max—. Es preciso que registremos palmo a palmo los compartimentos de la nave. Sólo así podremos llegar a una conclusión. Sigamos.

Salieron al pasillo y avanzaron. Pearl Stanford les seguía temblorosa. En su fuero interno, se arrepentía de haber iniciado la aventura, dados los macabros descubrimientos que acababan de realizar. Pero ahora no podía volverse atrás, sino seguir adelante junto a los expedicionarios y

terminar cuanto antes.

—Tenían razón al aconsejamos que no nos despojáramos de los equipos de respiración autónoma, Max —oyó el comentario de McLean—. El hedor dentro de la nave debe resultar insoportable.

Vaskowich acababa de abrir la escotilla de otro camarote.

La pieza constaba de dos camas, una solamente de las cuales estaba ocupada. Dos cuerpos abrazados en íntima postura parecían entregarse apasionadamente al amor.

Una de ellos era una mujer, a juzgar por la larga cabellera rubia y brillante que caía sobre sus hombros. Los cuerpos aparecían intactos, pero cuando Dan Hogarth los movió, ambos se deshicieron en polvo.

—Estos dos prefirieron aprovechar el tiempo antes de que les llegara la muerte —comentó Hogarth con irrespetuosa ironía.

Pearl cerró los ojos, horrorizada.

—¡Dios mío, es… horripilante! —sollozó. Y retrocedió hasta el pasillo, seguida de Max Vaskowich.

Por un momento, y al verla tan desvalida bajo el efecto de la brutal impresión que ella acababa de recibir, Max sintió la tentación de estrecharla entre sus brazos y consolarla tiernamente, pero todo quedó reducido a eso: a un leve movimiento de sus manos que el hombre no llegó a terminar.

—Quédese en el pasillo —dijo él—. Me temo que lo que encontremos en el resto de los camarotes no sea muy agradable.

Pero cuando él avanzó por el pasillo hacia la puerta más próxima, Pearl le siguió a corta distancia, aunque no se atrevió a mirar en el interior del camarote que el comandante estaba inspeccionando.

—Muertos, todos muertos… —murmuró Vaskowich cuando salió de aquel camarote y caminó hacia el siguiente.

En el interior de aquellos compartimentos cuyas puertas habían permanecido cerradas, los cadáveres que fueron encontrando aparecían intactos al primer golpe de vista, pero se desmoronaban silenciosamente en cuanto eran tocados.

Por el contrario, en aquellas estancias que hallaron abiertas, los

esqueletos aparecían absolutamente mondos e incluso roídos sus huesos, como si los cuerpos hubieran sido pasto de las ratas.

Al final del pasillo, desembocaron en una gran estancia, un salón decorado con bellos muebles metálicos, funcionales. Alrededor de una mesa en la que se veían unos vasos e incluso un gran cenicero de cristal con puntas de cigarrillos, los expedicionarios sorprendieron una escena macabra: unas veinticinco personas —hombres y mujeres— permanecían recostadas en divanes, en cómodos puffs y en sillones guarnecidos de cuero. Sus actitudes eran tan normales que se diría personas vivas, pero todos estaban muertos.

De espaldas, se veía a una mujer morena cuya larga cabellera negra lucía como azabache a la luz de las lámparas que empuñaban Vaskowich y su equipo. La mujer inclinaba el cuerpo sobre la mesa de cristal y sujetaba un vaso entre los enguantados dedos.

Acababan de llegar al gran salón y contemplaban, estupefactos, aquella apacible escena que parecía dotada de una serena animación, cuando todo el conjunto se trastocó en breves segundos: se oyó un chillido estridente y una enorme rata gris apareció entre las guedejas de la mujer morena.

Al conjuro de aquel desagradable chillido animalesco, los cadáveres se movieron como si hubiera llegado para ellos la hora del Juicio Final. Y de entre sus ropas surgieron docenas de grandes ratas que saltaron al suelo y se escabulleron por todas direcciones, en medio de una impresionante algarabía de chillidos penetrantes.

La brillante melena de la mujer morena resbaló y dejó a la vista un cráneo pelado. Luego su cuerpo se fue inclinando sobre la mesa y los huesos de su esqueleto rebotaron sobre el impecable cristal bruñido.

Cuando Vaskowich fue capaz de reaccionar, se volvió y vio a miss Stanford, caída cuan larga era en el suelo.

Inclinado, Max miró a través de la ampolla de cristal de su casco y contempló el bello rostro descolorido y los párpados cerrados.

—No debió venir —mascculló el comandante—. Pero de nada sirvieron mis advertencias.

A pesar de lo cual, la tomó por los hombros, la incorporó y la transportó a un mullido sillón, donde poco después miss Stanford volvía en sí.

Una débil sonrisa se extendió en sus pálidas facciones.

—Lo siento, comandante —murmuró—. Fue superior a mis fuerzas… Pero ya estoy mejor. Creo… creo que podré valerme por mí misma.

—Quédese aquí, no se mueva —respondió Vaskowich, y al advertir que ella volvía a mostrarse inquieta, añadió—: No tema, no estará sola. Ben McLean se quedará con usted mientras nosotros terminamos de registrar la astronave.

—Pero…

—Aquí estará segura, miss Stanford —Ben McLean parecía muy satisfecho de haber recibido el encargo de velar por la hija de «Saco de Dinero»—. Relájese y respire profundamente. Yo cuidaré de usted.

Vaskowich se incorporó y se reunió con Chuck Peters y Dan Hogarth, que no demostraban el menor entusiasmo por continuar registrando el resto de la astronave.

—Sin embargo, es preciso —insistió Vaskowich—. Quizá encontremos algún dato, una anotación o alguna grabación que nos permita establecer la causa de la muerte de todas estas personas. Tú, Chuck, irás a popa y examinarás los propulsores y los generadores para comprobar si se produjo alguna avería; Hogarth tratará de localizar las bodegas y frigoríficos y yo me dirigiré a proa para localizar la cabina de navegación.

—¿Por qué no llevamos a cabo el registro en grupo? —preguntó Chuck Peters con un leve temblor en la voz.

—Perderíamos demasiado tiempo —repuso el comandante. E hizo un expresivo ademán con la mano—: Vamos, Chuck. ¡No me dirás que tienes miedo de una manada de ratas! Probablemente, estarán más asustadas que nosotros, escondidas apretadamente en cualquier rincón.

—Pero…

—Se hará como acabo de explicar —le interrumpió Vaskowich, severo —. Y algo más: buscad en los bolsillos de esos cadáveres. Es posible que alguno de ellos escribiera unas notas sobre lo que ocurrió aquí y ello nos permitiría desentrañar el enigma. ¿De acuerdo?

—Está bien —respondieron Hogarth y Peters. Y se separaron de él, aunque de evidente mala gana.

A través de un largo pasillo que se dirigía a proa, Vaskowich llegó a la cabina de navegación.

El silencio reinaba en aquella estancia. Un único testigo de la irrupción del intruso: el cadáver del hombre que, ocupando el puesto del piloto, se inclinaba hacia adelante hasta recostar su frente sobre la consola de instrumentos.

Sus cabellos rubios aún permanecían adheridos al cráneo, pero sus facciones aparecían completamente descarnadas. Entre los dedos de su mano derecha, sostenía una fotografía, que Vaskowich desprendió con suavidad y miró con gran interés.

Era una buena foto en colores, en la que se veía a una hermosa mujer de unos treinta años, que mantenía abrazados a un niño de unos diez años y una niña de siete, igualmente guapos. Los tres sonreían.

Al dorso, unas palabras escrita con caracteres pequeños y cuidados:

«Para ti, querido John, con el efecto indeclinable de tu esposa y tus hijos.»

Había una firma con la misma letra: «Ruth». Y otros dos nombres escritos con caracteres infantiles: «Johnny» y «Maggle».

Max contempló, absorto, el cadáver de aquel hombre. En sus hombreras se veían las barras de comandante.

Movido por un impulso irrefrenable, Max se inclinó y registró sus bolsillos. Un momento después depositaba sobre la consola los dos objetos hallados: una tarjeta de identidad a nombre del comandante piloto Hohn Riverton y una micro casete diminuta.

Precisamente en la consola acababa de descubrir el pequeño magnetófono capaz de reproducir aquella diminuta cassette. Tomó el aparato en su mano, lo estudió brevemente y oprimió una de sus teclas: a través de la tapa transparente comprobó que el magnetófono funcionaba.

Ávidamente, detuvo la marcha, alzó la tapa e insertó la pequeña cinta en su alojamiento, tras lo cual oprimió la tecla de reproducción.

Al principio, no pudo escuchar nada, pero cuando alzó el magnetófono

y lo aproximó a su casco, le fue fácil escuchar aquella débil y lejana voz.

> *«Yo, comandante John Riverton, a punto de morir deseo expresar mis últimos deseos para el caso, improbable de que algún día un ser humano pueda escuchar las palabras grabadas aquí.*
>
> *Hoy es seis de octubre, nueve meses después de que mi nave. la «MOON-CYCLOPS» KYW-089, abandonase la estación orbital «MIDDAY», donde nuestras bodegas fueron abastecidas de agua, alimentos y toda clase de provisiones suficientes para mantener a la dotación de esta astronave, compuesta por setenta personas, hombres y mujeres, durante más de un año.*
>
> *La suerte —mejor será decir la desgracia— ha querido que yo sea el último superviviente…»*

Vaskowich se giró veloz hacia la entrada de la cabina.

Había dejado la puerta imprudentemente abierta y a través de ella le llegó el rumor quedo de unos pasos.

A toda prisa, interrumpió la reproducción de la cassette y se guardó el pequeño magnetófono en uno de sus bolsillos laterales.

En la puerta estaban Peters y Hogarth, expectantes.

—¿Habéis terminado? —preguntó con voz imperturbable.

—Sí. Los propulsores y los generadores eléctricos están intactos —respondió Hogarth—. En cuanto a las bodegas, contienen alimentos suficientes para mantener a toda una dotación durante varios meses. Todo parece en orden.

Vaskowich se acercó a ellos. Tras dirigir una última mirada al cuerpo del comandante John Riverton, Max cerró la puerta de la cabina.

Chuck Peters dijo:

—No deja de obsesionarme esa pregunta: ¿por qué murieron todos? Tenían toneladas y toneladas de alimentos y toda el agua necesaria. Pero todos murieron, inexorablemente, de forma misteriosa.

—Hay algo más que me preocupa —comentó Dan Hagarth—. Al parecer, las ratas se han multiplicado por centenares, tal vez por miles. Pero es estúpido imaginar que ellas acabaron con sesenta o setenta personas. Por lo demás, no he visto una sola rata muerta. ¿No os parece extraño?

—Por el contrario, es de lo más normal —respondió el comandante—. Las ratas no tienen nada que comer, puesto que no pueden abrirse paso hasta los almacenes de provisiones. No sé si habréis reparado en que incluso han roído las patas de algunos muebles de madera. Y no habéis encontrado cadáveres de roedores por una razón simple: son caníbales.

—¿Quieres decir que se alimentan unos de los cuerpos muertos de los otros? —preguntó Peters, con un gesto de repugnancia.

—E incluso de los vivos —respondió Max Vaskowich.

CAPÍTULO IX

El «EMPEROR OF THE GALAXIES» proseguía majestuosamente su camino en dirección al planeta Marte. El «MOON-CYCLOPS» había quedado muy atrás, siguiendo su incierto vagar a través del espacio infinito.

Aquella mañana, Max Vaskowich abandonó su camarote y se dirigió al gimnasio. Empujó la puerta y penetró en el recinto justamente a tiempo de sorprender a míster Frederick Stanford cuando este realizaba unas flexiones de cintura con el fin de mantener la forma física.

Stanford, sorprendido, se detuvo a mitad del movimiento y luego, lentamente, se irguió rígidamente.

—Buenos días, señor Stanford —pronunció Vaskowich con acento neutro.

—¿Qué significa su presencia aquí, comandante? —respondió Stanford, sin disimular su enojo.

—Simplemente, quería interesarme por su salud —respondió Vaskowich con fina ironía—. Durante ocho días ha permanecido aislado en sus habitaciones. Algo verdaderamente sorprendente en un hombre como usted, siempre rebosante de salud y energía.

—Pue... puede decirse que ya estoy repuesto de mi pasajera dolencia. Le... le agradezco su interés. Supongo que tiene otras cosas que hacer lejos de aquí. Además... usted sabe perfectamente que el gimnasio, en las primeras horas de la mañana, está reservado a los pasajeros de...

—...de la primera categoría, ya lo sé —le atajó el comandante, sonriente—. En realidad, quería comprobar si era cierto el rumor...

—¿Qué rumor? —gruñó Stanford, impaciente.

—El que afirma que usted no ha dejado de asistir ni una sola mañana al gimnasio —declaró Vaskowich sin perder la burlona sonrisa—. Me chocaba, lo confieso, que estando usted tan enfermo, se empeñase en seguir realizando sus ejercicios gimnásticos.

—¿Cómo se atreve? —barbotó el presidente del Club de los Millonarios—. ¿Es que pone en duda mis palabras?

La sonrisa se borró de los labios del comandante.

—Desde luego. En realidad, usted nunca estuvo enfermo, y si lo estuvo, fue enfermo... de miedo. O, tal vez, de remordimiento.

Stanford se irguió cómicamente dentro de aquel ajustado chándal que ponía de manifiesto los «michelines» de su cintura.

—Será mejor que salga del gimnasio, Vaskowich. Más tarde le exigiré cuentas de su grosería —indicó.

Pero Vaskowich no se movió un milímetro del lugar que ocupaba junto a las espalderas:

—No hablaremos más tarde, señor Stanford, sino ahora mismo. Y agradézcame mi sentido de la discreción, que me ha impulsado a buscar esta entrevista a solas, pues en caso contrario lo que tengo que decirle levantaría el escándalo entre los que pudieran escuchar mis palabras. Y usted sería el blanco de todas las críticas.

—¿A qué se refiere? —«Saco de Dinero» se expresaba ahora en un tono más moderado.

—Al Proyecto Orión —respondió Vaskowich.

—No sé de qué me está hablando —se defendió Stanford, simulando una indiferencia que de ninguna forma sentía.

Vaskowich sacó un pequeño magnetófono de su bolsillo y se acercó al hombre del chándal. Cuando estuvo cerca de él, puso en marcha la micro-cassette y espió las facciones de Stanford, que palideció intensamente a medida que escuchaba el inicio de la grabación. Impertérrito, Vaskowich no detuvo el funcionamiento del magnetófono hasta que la voz del comandante Riverton se extinguió.

—Usted lo sabía, Stanford —especificó Vaskowich—. O al menos lo sospechaba. Riverton y otras sesenta y nueve personas murieron en la inmensidad del espacio, aislados y desesperados, pues nada pudieron hacer por salvarse. Ya sabe cuál fue la causa de la tragedia: unas ratas se introdujeron a bordo de la KYW-089, unos simples roedores… que transportaba la peste. A bordo, Riverton no contaba con las medicinas y los medios suficientes. En realidad, ni siquiera disponían de un médico…

Stanford permaneció en silencio.

—Las ratas no sólo transmitieron la peste a los expedicionarios, sino que cuando la enfermedad se extendió a bordo, royeron los cables y los elementos de los aparatos de detección y orientación, por lo que durante muchos días la «MOON-CYCLOPS» KYW-089 estuvo alejándose de la Tierra en lugar de aproximarse, de vuelta, a nuestro planeta. También destrozaron los roedores los medios de telecomunicación, a excepción de una emisora de radio de corto alcance, que estuvo transmitiendo un angustioso S.O.S. durante cuatro años hasta que yo mismo la desconecté, hace unos días. De modo, que Riverton y los hombres y mujeres que componían la dotación del Proyecto Orión estaban condenados inexorablemente a la muerte sin la esperanza de recibir ayuda, ni siquiera remotamente —añadió Vaskowich—. Y todo eso lo sabía usted, Stanford.

—Probablemente, no lo crea, pero yo…

—Si quiere que le diga la verdad, su actitud me pareció sospechosa cuando le comuniqué que habíamos detectado la proximidad de esa nave y recibido su llamada de socorro —continuó el comandante, implacable—. Usted ocultaba algo, pues si no fuera así, no habría intentado desviar nuestra ruta para evitar el encuentro con la KYW-089. Y fingió sentirse enfermo para no tener que enfrentarse a la

realidad: una astronave que constituía un verdadero cementerio volante.

El presidente del Club de los Millonarios se agitó en un espasmo irreprimible.

—Usted no puede pensar que yo...

—Poco a poco fui recordando los antecedentes del Proyecto Orión. Un ambicioso plan experimental con fines a establecer la posibilidad de grandes viajes interespaciales, financiado por un *trust* que permanecía en la sombra. Yo mismo fui requerido para formar parte de la tripulación, aunque por entonces todavía me esperaba alguien allí abajo, dos personas a las que amaba intensamente, y renuncié a la tentadora oferta. Poco después oí decir que las autoridades habían denegado la autorización para llevar a efecto el Proyecto Orión. El motivo era que el proyecto no reunía las condiciones de seguridad exigibles. Y ahora... ¡ahora estoy absolutamente seguro de que usted dirigía el grupo de empresarios que financiaba el Proyecto Orión!

Desalentado, Frederick Stanford vaciló sobre sus piernas y hubo de retroceder hasta apoyar su espalda en e muro próximo.

—Está bien, lo confieso —murmuró con un hilo de voz y llevándose la mano al pecho con un gesto de angustia—: yo era quien estaba detrás del Proyecto Orión.

—¿Cuál era su objetivo?

—Por entonces, había pensado ya en la posibilidad de disponer de un medio de escape para el caso de que... Bueno, de que un día u otro estallaría el Apocalipsis de la guerra nuclear. Para financiar el proyecto me valí del Club de los Millonarios...

—Pero usted cometió una temeridad imperdonable: autorizó la partida de la KYW-089 sin el visto bueno de las autoridades espaciales, sin estar seguro de que la astronave reunía todas las condiciones de seguridad.

—¡Las tenía! —protestó Stanford, recobrándose poco a poco—. Jamás he sido más escrupuloso que en aquella ocasión. Además... el Proyecto Orión no consistía en otra cosa que en la primera fase del viaje que ahora mismo estamos realizando.

—De todas formas —arguyó el comandante—, usted cometió una gravísima infracción al autorizar el viaje experimental de la «MOON-

CYCLOPS» KYW-089. Por lo demás, su conducta revela un egoísmo sin límites.

—¿Por qué?

—Usted quiso comprobar la viabilidad de un largo viaje espacial a costa de la seguridad de las setenta personas que viajaban en la KYW-089. Si la astronave regresaba, usted podía respirar tranquilo, sabiendo que podía ponerse a salvo en cualquier momento.

Stanford le miró con reproche.

—Es usted injusto, comandante —dijo—. Las condiciones de la KYW-089 eran buenas. Usted sabe que el accidente que acabó con esa pobre gente no puede achacárseme, pues fue casual: las ratas que llevaron la epidemia a bordo.

Vaskowich vaciló.

—De cualquier modo, usted no recibió la autorización pertinente —acusó.

—No podía detener el proyecto Orión. Si lo hubiera hecho, después de invertir cantidades astronómicas de dinero, los socios del Club de los Millonarios me hubieran retirado su confianza y las pérdidas habrían sido inimaginables. Por otra parte, jamás se hubieran hecho realidad dos proyectos posteriores: la construcción de los refugios de Moon-Paradise y el ambicioso tour que ahora mismo estamos llevando a cabo. Sí, había que tomar una decisión y yo tomé toda la responsabilidad sobre mis hombros. Clandestinamente, el KYW-089 salió hacia el espacio procedente de la estación «MIDDAY». Los imponderables hicieron el resto.

—Es decir, usted autorizó la partida del KYW-089 y se inhibió absolutamente del asunto…

—¿Por qué piensa así? Estuvimos siguiendo la marcha de la astronave en secreto y comunicándonos regularmente con ella. Siete meses después se interrumpió bruscamente el contacto, a pesar de lo cual seguíamos intentando restablecer la comunicación hasta poco antes de que el «EMPEROR OF THE GALAXIGALAXIES» abandonara la Tierra. Y creáme —añadió Stanford, que parecía muy fatigado—: a partir de entonces me esforcé en supervisar todo cuanto tuviese relación con la seguridad de esta astronave. No reparé en decuplicar los gastos de la KYW-089, no se reparó en ningún esfuerzo. Y el resultado está aquí: esta magnífica nave avanza sin un fallo.

Hizo una pausa para recuperar la respiración y dijo:

—Usted, comandante, me acusa de haber utilizado como conejillos de Indias a los hombres y mujeres de la KYW-089... Sin embargo, todos eran profesionales y sabían que corrían un riesgo, a cambio del cual recibieron una crecida cantidad de dinero cada uno... Tal vez piense que yo soy un cobarde y que pretendía ganarme mi seguridad exponiéndolos a ellos... Pues bien: eso no es cierto puesto que aunque los tripulantes de la KYW-089 se perdieron y fueron dados por desaparecidos, yo subí a esta astronave y estoy aquí.

Calló. Tampoco Vaskowich hizo ningún comentario.

Al cabo de unos minutos, Stanford alzó la cabeza y escrutó el rostro del comandante.

—Dígame una cosa, Vaskowich: ¿piensa divulgar lo que sabe entre la tripulación y los pasajeros de esta nave? —preguntó con una vibración de inquietud en la voz.

Max le miró fijamente y luego desvió la mirada.

—No, no pienso decir una palabra a nadie. Pero no cometa el error de imaginar que lo hago por usted. En realidad, yo no comparto sus puntos de vista ni su concepción del mundo y de las personas. Pero callaré. Sé que si los pasajeros de esta nave pudieran escuchar el relato grabado por el comandante Riverton, su inquietud sería tan profunda que podría provocar un problema grave a bordo. Y lo más importante no es usted, señor Stanford: lo más importante somos todos nosotros —pronunció lentamente.

Tras lo cual, giró y abandonó el gimnasio.

CAPÍTULO X

Claire Arlenboro se rebulló a su lado, ronroneando suavemente.

Al cabo de unos minutos, su cabeza ensortijada apareció entre las sábanas. Max vio abrirse su ojo izquierdo, luego el derecho y finalmente una sonrisa animó sus labios gruesos y gordezuelos.

Pasó una mano tras la nuca del hombre, le atrajo apasionadamente y le besó largamente en la boca.

Luego, enfurruñada porque el hombre se había mantenido impasible ante la ardiente caricia, se separó lentamente de él y le escrutó con fijeza.

—¿Qué te ocurre, Max Vaskowich? —susurró con reproche—. Últimamente pareces más distante que una de esas remotas estrellas que brillan en el firmamento. Cualquier otra mujer se disgustaría contigo. ¿O es que ya no te gusto?

Max le acarició suavemente los senos y la mujer se encogió y dejó escapar unas risitas de placer.

—Estaba distraído. Pensaba —dijo él.

—¡Pensar, pensar...! —se lamentó ella, mimosa—. ¿Crees que éste es el momento más adecuado para pensar?

Falsamente enojada, saltó del lecho totalmente desnuda y se pavoneó ante Vaskowich, con las manos apoyadas en las caderas, que movía cadenciosamente. Su figura, joven, bella y vital, resultaba tan excitante que el hombre se irguió.

—¡Ven aquí! —gritó, exaltado.

Le brillaban los ojos y tendía ávidamente las manos hacia Claire, pero ella siguió balanceándose, erguidos desafiantemente los redondos senos.

Max se mordió el labio inferior.

—¡Te he dicho que vengas aquí! —repitió, dominado por una gran excitación.

Pero ella retrocedió dos pasos, evolucionó lentamente acariciándose con lentitud el vientre, las caderas y los redondos muslos satinados, y respondió burlonamente:

—El Gran Pensador tendrá que cazarme si quiere conseguirme. ¡Te desafío, hombre primitivo! —y rió a carcajadas, burlándose de la impotencia de Vaskowich, que no se atrevía a saltar del lecho, pues estaba completamente desnudo bajo las sábanas.

—Ven, te lo ruego —susurró el hombre—. Te necesito. Ahora.

—Cázame —ronroneó la mujer, sin dejar de evolucionar provocativamente.

Vaskowich dejó escapar una especie de gruñido estrangulado y de improviso apartó las sábanas y dio un gran salto en dirección a Claire.

Pero ella estaba prevenida y se apartó ágilmente. En dos rápidas zancadas se situó junto a la cama y saltó sobre ella cuando Vaskowich intentó apresarla.

Durante unos minutos, Claire repitió el juego. Simulaba distraerse bailando y canturreando entre dientes, pero cuando el hombre trataba de agarrarla, ella daba un ágil salto sobre el lecho y escapaba fácilmente de sus manos.

Hasta que Claire resbaló y el hombre cayó sobre ella impetuosamente. Claire exhaló unos grititos de fingido susto y se dejó caer sobre el piso, arrastrándole.

Se amaron allí mismo, salvajemente, jadeantes y ansiosos, con terrible violencia, con desesperación, como si fuera la última ocasión en que pudieran gozar juntos del amor. Luego se dejaron arrebatar en el paroxismo del placer, hasta que sus cuerpos, saciados, fueron serenándose paulatinamente hasta quedar en reposo, íntimamente abrazados.

Sus respiraciones se fueron apaciguando hasta recobrar el ritmo normal. Con los ojos cerrados, permanecieron silenciosos durante largo rato.

De repente, ella se movió y dijo:

—Pearl Stanford.

—¿Qué? —se agitó el hombre de un respingo.

—Estabas pensando en Pearl Stanford.

—¡Qué tonterías!

—Tú la deseas, Max —dijo Claire. Vaskowich se agitó levemente.

—Estás loca. Tú sabes que la detesto —murmuró, con el rostro hundido entre los fragantes cabellos de la hembra.

—Antes la detestabas —especificó la mujer—. Pero ha debido ocurrir algo que ha alterado tus sentimientos hacia ella.

—Estás equivocada. Miss Stanford y yo no tenemos nada en común. Me sigue pareciendo la misma jovencita «hija de papá» orgullosa y endiosada —declaró Vaskowich.

—No trates de engañarme, Max —dijo Claire, con cierta tristeza en su voz—. No temas, yo no te exijo nada.

— Pero estás...

— Todo el mundo lo sabe: yo soy Claire Arlenboro, la frívola camarera de color que sortea la llave de su camarote entre los hombres que le gustan. Aunque tú nunca has tenido que entrar en el sorteo. Sabes muy bien que eres mi preferido y que te basta hacer un gesto para tenerme a tu lado.

Max volvió a agitarse, inquieto.

—¿Por qué dices todo eso? —protestó—. Te estoy muy agradecido...

—... por un poco de amor.

—Por todo: por tu amistad, tu comprensión y también por el placer que me has ofrecido. Te estimo sinceramente, Claire. No necesito repetírtelo.

—Lo sé, Max. Pero...

—¿Qué?

—Anoche me despertaron tus voces. Soñabas en voz alta, me abrazabas apasionadamente y murmurabas con ansiedad: «¡Pearl, Pearl...!»

Vaskowich se sentía muy incómodo.

—¿Quieres decir que has llegado a la deducción de que estoy enamorado de esa mujer? ¿Sólo porque haya tenido una pesadilla?

—No parecía pesadilla —respondió Claire—. Por el contrario, parecías muy feliz y emocionado cuando me estrechabas apretadamente entre tus brazos y murmurabas su nombre...

Max comenzaba a sentirse irritado.

—Un sueño sólo es eso: un sueño —trató de razonar—. Si quieres creerme, te diré que me importa un bledo todo lo relacionado con esa jovencita. ¿Enamorarme de ella? ¡Nada más disparatado ni más...!

Se interrumpió al oír el zumbido del intercomunicador. Se irguió sobre un codo y vio destellar la luz del testigo junto al aparato empotrado en el muro.

—Llamada para el comandante Vaskowich —se oyó la voz gangosa de Adam Millar—. El señor Carroll ruega su presencia urgente en la cabina de navegación.

Max se puso en pie de un brinco y corrió hacia el cuarto de aseo. Tres minutos después salía envuelto en una toalla de bañó.

Mientras se vestía apresuradamente, miró a Claire, que se había trasladado a la cama y le contemplaba a su vez con una sonrisa pícara.

—Bueno, todos saben que has pasado la noche conmigo —comentó ella, burlonamente.

Vaskowich se inclinó y la besó en la frente.

—Me tiene sin cuidado —respondió el hombre. Y cuando se dirigía a la puerta, bromeó—: Esto te demostrará que miss Stanford me tiene sin cuidado, también.

Y salió.

En la cabina de navegación, Cam Carroll y el operador Millar se volvieron hacia la puerta cuando oyeron sus pasos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Vaskowich.

Carroll le mostró sin palabras la gran pantalla de televisión, en la que podía contemplarse la enorme bola del planeta Marte.

A diferencia de la imagen que podía verse desde la Tierra a través de los telescopios, la superficie de Marte no era rojiza, sino ocre-amarillenta en grandes extensiones, alternando con zonas verdosas y las manchas blancas de los casquetes polares.

En cualquier caso, suponía una visión magnífica, contemplado el planeta desde la altura de unos veinte mil kilómetros.

Durante unos minutos, Max permaneció extasiado en la contemplación de aquella grandeza. «Lástima que las condiciones geo-físicas y meteorológicas de este bello planeta no permitan aún habitarlo», pensó.

— Ya veo —exclamó—. Hemos llegado a Marte. Cam Carroll dejó

escapar una risita sardónica.

—Pero, Max, no te hubiera sacado de la cama sólo por esto —dijo—. Hay algo más importante.

—¿De qué se trata? —preguntó, atento.

—No pierdas de vista la pantalla —le recomendó su copiloto. Y pulsó una tecla en el selector de imágenes del sistema de visión.

En un rapidísimo «zoom», Marte se acercó vertiginosamente hasta que su esfera llenó toda la pantalla y la mancha blanca del casquete polar septentrional marciano cubrió toda la imagen.

Una manchita azulada se destacó en la pantalla. Carroll volvió a manipular en el selector y la manchita azul se transformó en un objeto volador claramente visible.

—¿Qué es eso? —murmuró Vaskowich, asombrado.

—No lo sé. Tiene un aspecto grácil, aerodinámico. Parecen dos grandes alas de forma trapezoidal. Al principio, creíamos que se trataba de una astronave, pero poco después logramos establecer que ese gigantesco objeto vuela inerte, situado en órbita alrededor de Marte —informó El copiloto.

—Fascinante y... atrayente —murmuró el comandante.

Miró fugazmente a Carroll y le consultó—: ¿Crees que se trata de un objeto volador lanzado desde la Tierra?

—Es lo más probable, considerando sus formas y el aspecto exterior. Millar y yo pensamos que podía tratarse de una nave exploradora lanzada por la NASA, pero hemos consultado el catálogo de prototipos y no encontramos ninguno que ofrezca un diseño siquiera aproximado. Eso que se desliza allá abajo no son más que un par de enormes alas. No hemos detectado comunicaciones ni ningún otro tipo de actividad radiofónica, láser o radiactividad. No emite ninguna señal.

Vaskowich se acercó a la consola y se sentó.

—Vamos a realizar algunas comprobaciones —propuso, dirigiendo de vez en cuando ansiosas ojeadas al objeto que volaba bajo ellos a una altura de unos seiscientos kilómetros sobre el casquete polar marciano.

Conectó el telémetro electrónico y el analizador espacial de masas. Pocos segundos después, en las pantallas correspondientes aparecía una serie de datos:

> *«Envergadura 150 m. Anchura máxima: 40 m. Espesor: 15 m. Actividad mecánica o eléctrica: cero. Indicios de una levísima actividad radiactiva.»*

—Es curioso —exclamó Vaskowich, absorto en la lectura de las cifras que aparecían en la pantalla.

—¿Quéee? —preguntaron Millar y Carroll, al unísono.

—La envergadura de esas alas volantes —respondió Vaskowich, pellizcándose pensativo el mentón—. Es idéntica a la del «EMPEROR OF THE GALAXIES».

—Tienes razón —admitió Carroll—. Pero supongo que se trata de una simple coincidencia.

Pero Vaskowich pulsó una tecla y el panel de derrota se iluminó. Sobre un mapa espacial, aparecía nítidamente la imagen en planta del «EMPEROR OF THE GALAXIES».

—Os propongo un juego apasionante —dijo el comandante, de buen humor—. Haced un esfuerzo mental y tratad de acoplar esas alas volantes a la popa de nuestra astronave. ¿A que deducción llegaríais? —planteó.

Tras unos segundos de silencio, Carroll fue el primero en responder:

—¡Las alas se acoplarían perfectamente! El diseño de ambos objetos se corresponde geométricamente.

—Exacto. Las alas volantes que tenemos en pantalla parecen un módulo acoplable a nuestro «EMPEROR» —resumió Vaskowich.

Carroll y Millar le miraron, desconcertados.

—Pero ¡no es posible una coincidencia semejante! —exclamó el operador.

—No creo que se trate de ninguna coincidencia —respondió el

comandante.

Pulsó la tecla número Uno del intercomunicador y pronunció:

—¿Señor Stanford? Le ruego que venga inmediatamente a la cabina de mando —y cortó la comunicación.

Frederick Stanford apareció exactamente tres minutos más tarde. Una arruguita de incertidumbre se marcaba en su entrecejo.

—Bien. ¿Por qué me ha hecho venir hasta aquí sin más explicaciones? —demandó, adusto.

Vaskowich señaló la pantalla de televisión.

—Hemos encontrado eso, señor Stanford. Creemos que se trata de un módulo acoplable —informó el comandante. Y añadió, observando a Stanford—. Milagrosamente acoplable a nuestra astronave.

El presidente del Club de los Millonarios se sentía muy incómodo.

—¿Y qué quieren que yo les diga? —expresó, al fin.

—Simplemente, creo que merecemos una explicación —puntualIzó Vaskowich.

Stanford se llevó una mano a los ojos y masajeó nerviosamente sus párpados.

—Está comprobado que usted posee la facultad de desvelar todo aquello que yo pretendo mantener en secreto —dijo, con un suspiro—. Si, se trata del TRX-B, un módulo acoplable al «EMPEROR OF THE GALAXIES». Comprende una planta de energía adicional, tan poderosa como la que impulsa esta astronave, además de bodegas y servicios auxiliares.

Carroll y Millar le miraron con estupor. Por el contrario, Vaskowich no mostraba el menor signo de asombro.

—El TRX-B fue lanzado al espacio seis meses antes de que nosotros abandonáramos la Tierra —confesó Stanford—. He dedicado muchos años a este proyecto y quise preverlo todo. El TRX-B responde a esa inquietud. Es fácilmente ensamblable y una vez acoplado triplica las posibilidades de desplazamiento, de telecomunicación, orientación y constantes vitales de esta astronave. La verdad es que...

—Continúe —le animó Vaskowich, ante la expectación de Millar y

Carroll.

—A nadie he confiado la existencia de ese módulo, que sólo será utilizado al regreso de este viaje alrededor de los planetas del sistema solar. Supone, como pueden comprender, un importante elemento de seguridad para nosotros.

Vaskowich asintió con el gesto.

—Aplaudo su espíritu previsor, señor Stanford, aunque no comprendo por qué ha mantenido en secreto la puesta en la órbita marciana del módulo TRX-B —expresó, desconcertado—. Incluso me lo ocultó a mí, que soy responsable de la seguridad a bordo de esta astronave. ¿Hay alguna explicación plausible?

Stanford carraspeó, azorado.

—Digamos que es el producto de una pequeña travesura personal. O si quiere pensarlo de otro modo, de mi presunción —confesó—. A la vuelta de nuestro tour, pensaba deslumbrarlos a todos con el descubrimiento del TRX-B y la siguiente maniobra de acoplamiento. Eso es todo.

«Absurdo», pensó Baskowich, pero se abstuvo de formular su opinión en voz alta.

Lo que pronunció en viva voz fue:

—No estoy de acuerdo en reservar el TRX-B para nuestra vuelta.

—¿Por qué, si puede saberse? —se picó el presidente del Club de los Millonarios.

—El azar puede deparamos una avería imprevista o una demora en nuestro regreso. Pienso que lo más sensato es que acoplemos ahora el TRX-B, que siempre supondrá contar con un margen de seguridad adicional —afirmó Vaskowich.

Stanford no se mostró de acuerdo. Pero a medida que Vaskowich fue exponiendo nuevas razones —apoyado por las adhesiones de Cam Carroll y Jack Millar—, la tozudez del millonario comenzó a flaquear.

Finalmente, y con el único fin de de decidirle, Vaskowich expuso:

—¿Por qué no hace una consulta a los pasajeros, a los empleados de servicio y a los restantes tripulantes? Estoy seguro de que la mayoría

se inclinarían hacia la solución que yo propongo.

—No quiero convocar un referéndum ni nada semejante. Una consulta masiva me pone nervioso —contestó Stanford, que parecía luchar consigo mismo, pues se mostraba muy inquieto y vacilante.

Dio un rápido e impaciente paseo hasta el fondo de la cabina y se detuvo al fin ante Vaskowich. Sorprendentemente, decidió:

—De acuerdo. Tal vez tenga razón, comandante. Procederemos al ensamblaje del TRX-B con nuestra astronave. Pero exijo ser yo quien anuncie este acontecimiento a todos los pasajeros.

Vaskowich asintió vivamente.

—Como prefiera —respondió, íntimamente satisfecho de haber ganado la partida.

Stanford se alejó hacia la puerta.

—Les avisaré cuando todo esté dispuesto —anunció desde allí. Y desapareció.

Media hora más tarde, todas las personas Sin excepción eran convocadas en el magnífico Salón Oval.

Los individuos de la segunda y tercera categorías, que nunca habían tenido acceso a la lujosa estancia, centro de reunión de los millonarios y sus familias, contemplaban admirados el artesonado del techo, el brillo espejeante del pavimento y los lujosos muebles dorados que lo aderezaban. Aunque eso sí: los tripulantes y personal de servicio ocuparon cada cual su lugar, apartado, desde luego, de los afortunados de la primera categoría.

Para llamar la atención de todos, Frederick Stanford hizo un gesto y la orquestina de cuatro instrumentos interpretó unas notas de advertencia.

—Señores, señores —empezó Stanford, engolando la voz—: les he convocado aquí para participarles que dentro de unas horas, el equipo del comandante Vaskowich iniciará una maniobra trascendental.

Declaró que para él, presidente del Club de Millonarios y director del proyecto que había hecho posible aquel maravilloso tour interplanetario, lo más importante había sido siempre la seguridad.

—Por ello indiqué a mis ingenieros la conveniencia de construir un ingenio capaz de reforzar la potencia y capacidad de nuestro «EMPEROR OF THE GALAXIES». Dicho ingenio as el módulo TRX-B, capaz de ensamblarse perfectamente con nuestra astronave y triplicar su autonomía de desplazamiento. ¡Helo aquí! —exclamó con dramático acento, y se descorrió instantáneamente la cortina que velaba una gran pantalla, en la cual podía admirarse el módulo de doble ala trapezoidal.

El elegante auditorio formado por los pasajeros de primera categoría prorrumpieron en un «¡000h!» colectivo de sincero asombro, al contemplar la airosa silueta del TRX-B, que se deslizaba majestuosamente sobre la superficie de Marte.

Pomposamente, Stanford volvió a dirigirse a su auditorio.

—Como si de un enamorado se tratase, nuestro «EMPEROR» ha cruzado el inmenso espacio para venir a unirse a una bella e impaciente novia: el TRX-B, al que propongo que bauticemos ahora mismo con el nombre de «EMPRESS OF THE GALAXIES[4]» —pronunció triunfalmente.

Los aplausos fueron ahora más encendidos, hasta hacerse ensordecedores. Orgulloso y altivo, Frederick Stanford fue estrechando las manos de sus rendidos admiradores y recibiendo el homenaje incondicional de su auditorio.

Max Vaskowich sonreía irónicamente. Por fin, acababa de calar en los motivos que Stanford tenía para mantener en secreto las existencia del módulo TRX-B: sólo se trataba de saciar su orgullo con los aplausos y las felicitaciones que habían provocado aquel teatral golpe de efecto.

De pronto, advirtió que, desde el extremo opuesto del salón oval, Pearl Stanford le estaba mirando fijamente. ¿Había realmente un gesto de reproche en sus bellas facciones o sólo lo imaginó Max?

—Y ahora, amigos míos, mientras la tripulación se congrega en la cabina de navegación para dirigir la «Luna de Miel» de nuestros metálicos enamorados, abramos unas botellas de champán y brindemos para festejar el bautizo de nuestra rutilante «Emperatriz» —propuso Stanford, en una muestra de su grotesco sentido de lo lírico.

Vaskowich fue el primero en abandonar el salón. Carroll, que caminaba junto a él, gruñía entre dientes:

—Ese maldito clown no cambiará jamás. ¿Es que no podía tener la delicadeza de invitamos a nosotros también?

—Si lees con detenimiento la letra menuda de tu contrato, hallarás que no tienes ningún derecho a codearte con ellos —le indicó Max, burlón.

* * *

El acoplamiento entre el módulo TRX-B y el «EMPEROR OF THE GALAXIES» resultó una maniobra asombrosamente fácil.

El «EMPEROR» descendió y entró en órbita a cierta distancia del TRX-B, al que adelantó poco después. Tras estabilizarse, la astronave deceleró suavemente. Metro a metro, centímetro a centímetro, el módulo fue acercándose hasta ensamblarse perfectamente mediante los acopladores electromagnéticos.

Durante tres días, la astronave orbitó alrededor de Marte.

Los elegantes socios del Club de los Millonarios organizaron un baile de disfraces con el que se trataba de poner a prueba la imaginación en la confección de atuendos galácticos. (Según supo el comandante Vaskowich más tarde, el primer premio lo ganó Pearl Stanford, quien salió al salón oval vistiendo un fastuoso y vaporoso traje confeccionado con hilo de plata, completado con rutilantes collares, pendientes y una diadema rematada en una media luna plateada, pues miss Stanford trataba de representar al satélite de la Tierra).

Transcurridas las tres bulliciosas jornadas, la astronave abandonó la órbita y continuó su viaje hacia Júpiter.

Por aquellas fechas, Max Vaskowich permaneció encerrado en su camarote durante cuatro días seguidos. Esgrimiendo la disculpa de que se sentía pasajeramente indispuesto, encargo a Carroll que Ie relevara en sus funciones y se enclaustró en el camarote, aislándose por completo.

No permitió la entrada a la camarera que le llevaba alimentos, ni a sus camaradas del equipo técnico, ni siquiera al doctor Koster. Tampoco respondía a las llamadas del intercomunicador y se negó igualmente a recibir a Frederick Stanford.

AI discurrir de los días, sus compañeros se alarmaron, pues su jefe no daba señales de vida.

Precisamente se cumplía su cuarto día de aislamiento total, cuando Carroll le dio un ultimátum a través del intercomunicador:

—Estamos asustados por tu causa, Max. No sabemos qué te pasa, ni siquiera la índole de tu enfermedad. Como comprenderás, no vamos a permitir que sigas encerrado hasta que te llegue la muerte. Te advierto que si no respondes a esta llamada, iremos a tu camarote y echaremos la puerta abajo.

No obtuvo respuesta. Profundamente preocupado ya por la suerte de su amigo, Carroll corrió al camarote de Vaskowich, seguido de Ben McLean y Dick Chillit. En el pasillo, se le unió una pálida Pearl Stanford, cuyas facciones estaban desacostumbradamente pálidas.

Poco después; Carroll golpeaba con fuerza la puerta del camarote del comandante y gritaba:

—¡Abre, Max, o nos veremos obligados a forzar la puerta!

Se oyó un leve rumor al otro lado y apareció Vaskowich. Su rostro se veía muy macilento y demacrado, pero pulcro y perfectamente afeitado.

—No es necesario que destrocéis la puerta —dijo. Y su mirada se posó en las pálidas facciones de miss Stanford—. Ya pasó todo.

CAPÍTULO XI

El camarero ofreció aquel pequeño sobre al comandante Vaskowich en una bandeja de plata.

—De parte del señor Stanford, comandante —dijo. Y se retiró en silencio cuando Max tomó, confuso, el sobre en sus manos.

Rasgó el sobre y extrajo una cartulina en la que se veía finamente impreso en relieve una especie de escudo de armas con la palabra «Stanford» que lo rodeaba en sentido oblicuo.

—¿Qué es eso? —preguntó Carroll, girando la cabeza desde su puesto.

Max le miró fugazmente con una rara expresión.

—El señor Stanford y su hija tienen el honor de invitarme a la velada que se celebrará esta noche en el casino —respondió secamente.

Carroll dejó escapar una corta y festiva carcajada.

—¡Caramba! —exclamó, divertido—. Tendrás que acudir vestido de «smoquing». O tal vez de frac.

—No pienso acudir —dijo Max, huraño. Y se expresaba con toda sinceridad.

—¿Y por qué no? —opinó el copiloto—. Por una vez, tendrás la oportunidad de contemplar a esas momias en su propia salsa. Luego nos contarás todo lo que has visto y podremos reímos a placer.

—No iré —repitió Vaskowich, ceñudo.

—Según Clive, uno de los camareros, esa gente organiza unas partidas de póquer emocionantes, en las que se juegan cantidades alucinantes de dinero —comentó Chillit.

Vaskowich entornó los párpados y miró a Dick.

—¿Dices que juegan grandes cantidades de dinero? —preguntó.

—Clive es el encargado de facilitarles mazos de naipes flamantes a cada nueva partida —aseguró Chillit—. Tengo entendido que el jovencito O'Neill es un experto con los naipes en las manos.

Tras un pronunciado carraspeo, Vaskowich dijo:

—Pensándolo bien, ¿por qué no he de asistir? Imagino que Stanford tendrá algún motivo oculto para invitarme. Asistiendo, espero saber cuál es ese motivo.

—¡Espléndido! —le aplaudió Carroll—. Y, por favor, no pierdas detalle de nada cuanto ocurra. Tengo una gran curiosidad por saber cómo se lo «montan» los millonarios. Y no olvides de llevar dinero por si te invitan a jugar —le recomendó.

—Ya había pensado en ello —respondió Vaskowich. Y una enigmática sonrisa distendió sus labios.

* * *

Bob O'Neill arrojó violentamente los naipes sobre el tapete y dirigió una venenosa mirada al comandante Vaskowich.

—¡Es inaudito! —exclamó el joven—. ¡Tiene una suerte increíble!

—Eso me temo, señor O'Neill —respondió calmosamente el comandante. Y recogió sin prisas un montón de fichas de marfil por importe de sesenta mil dólares.

Un camarero se inclinó ante él con una bandeja llena de copas de jerez. Vaskowich tomó una, probó un sorbo, chasqueó la lengua muy complacido y depositó la copa en una mesita auxiliar próxima.

Al alzar la mirada, descubrió a Pearl Stanford. Una vez más, comprobó que ella no le perdía de vista. Max sostuvo la mirada fijamente hasta que ella apartó la suya.

—¡Está bien, sigamos jugando! —exclamó Bob O'Neill, impaciente.

¿O no se trataba de simple impaciencia? O'Neill se mostraba furioso, pero no cabía imaginar que su ira se debiera solamente al hecho de haber perdido ya algo más de cien mil dólares.

—Estoy dispuesto —respondió Vaskowich, observando a O'NeilI con interés.

Bob era un joven de unos veintiséis años. Un joven muy atractivo, de contextura atlética y facciones correctas. Que usara una peluca rubia —había sufrido una afección de la piel en su adolescencia que le dejó calvo— no mermaba en nada su apostura.

Pero en la mirada con que le correspondió Bob había una antipatía profunda que casi podría expresarse como rencor.

En ese momento, O'Neill dirigió una rápida mirada a Pearl, que simulaba charlar con un grupo de muchachas muy bellas a pocos metros de distancia. Inmediatamente, el rostro de Bob enrojeció.

¿Qué le ocurría? Durante todo el tiempo, el joven había estado dirigiendo miradas incendiarias a la guapísima miss Stanford, la cual a su vez parecía más interesada en contemplar los movimientos de

Vaskowich que en la animada conversación de sus amigas.

«Está celoso», dedujo Max. Lo que le llevó a otra deducción: O'Neill estaba perdidamente enamorado de la hija de Frederick Stanford. «Está rabioso», pensó Max, «al comprobar que ella me dedica toda su atención». «Y por si fuera poco, le estoy dejando sin un centavo», ironizó.

Clive acababa de dejar un nuevo mazo de naipes en la mesa, que O'Neill desprecintó y abrió personalmente.

Con un gesto altivo, paseó su mirada por los rostros de los cuatro jugadores que compartían con el la mesa: Frederick Stanford, James Van Wiren, el comandante Vaskowich y Stuart O'Neill, el padre de Bob.

—Anímense, señores —propuso con una forzada sonrisa—. La partida no ha hecho más que empezar y les aseguro que el comandante Vaskowich no va a ganar durante toda la noche. Por otra parte, no somos unos pobretones. ¿Por qué no elevamos el límite hasta cincuenta mil dólares?

—Conforme —dijo Stanford. .

Vaskowich y Van Wiren dieron igualmente su asentimiento. Míster O'Neill movió la cabeza, preocupado.

—¿No es demasiado dinero? —dijo. Pero al advertir la mirada de reconvención de su padre, asintió—: De acuerdo, cincuenta mil.

Max Vaskowich estaba divirtiéndose mucho aquelIa noche.

Antes de acudir a la reunión había temido aburrirse o lo que sería peor—, tener que permanecer en tensión durante la velada. Por el contrario, lo estaba pasando muy bien y no se sentía cohibido en absoluto. Cierto que en parte su euforia se debía al jerez, del que ya había tomado media docena de copas, pero Stanford había propuesto incorporarle a una partida de póquer y a partir de aquel momento, Max comenzó a disfrutar en serio.

A lo largo de la partida, había ganado algo más de doscientos mil dólares, lo que suponía una ganancia considerable. Y ello era más meritorio, cuando él mismo reconocía que se encontraba entre jugadores muy expertos.

Sin embargo, varias jugadas le habían orientado sobre como ganar con

seguridad. Los O'Neill eran unos jugadores clásicos, mesurados, respetuosos, que se tomaban las cosas con calma.

Por el contrario, Max jugaba con éxito a sorprender a sus contrincantes. Tras ganar las dos primeras manos, recibió una escalera simple. Cuando le ofrecieron naipes, no se descartó y pujó fuerte en seguida. O'Neill debió creer que era un bluff y subió la partida a ocho mil dólares, ante el escándalo de su padre. A la siguiente mano, Max no recibió una carta decente, pero tampoco se descartó. Cuando puso diez mil dólares en fichas sobre la mesa, los otros jugadores le miraron con desconfianza, pero recordaron la brillante mano anterior de Vaskowich y se mostraron prudentes, incluido Bob O'Neill. En cambio en aquella ocasión, sí era un auténtico bluff.

Había conseguido sorprender y despistar a sus rivales de juego, pero además, ¿por qué negarlo?, la suerte le acompañaba aquella noche.

Suponía que Bob O'Neill seguiría perdiendo inexorablemente hasta el fin de la velada, porque un hombre nervioso e irritable como él pierde la necesaria concentración en el juego.

Prestó atención: Bob O'Neill terminaba de distribuir las cartas. Tomó las suyas y las miró brevemente: un full formado por tres ases y dos reyes, una magnífica baza.

Podía descartarse de los reyes y buscar el as que completara su póquer superior. Pero Max sabía ya cómo tenía que manejar a O'Neill, que parecía el más agresivo de los jugadores que se sentaban a la mesa. Si se descartaba, Bob supondría que su baza era poco importante, pero si reservaba sus cinco naipes y envidaba fuerte cuando le llegase su turno, el joven sospecharía que se trataba de un farol y entonces tal vez subiera hasta el límite: cincuenta mil dólares.

A su izquierda, Van Wiren abrió con cinco mil dólares.

Inmediatamente, sonriendo levemente, Vaskowich elevó la apuesta a veinte mil, ante el escándalo del canoso Stuart O'Neill, padre de Bob, que arrojó sus cartas, lo mismo que Stanford.

Cuando le llegó su turno, Bob, impenetrable, dijo:

—Veo los veinte mil y añado treinta mil más.

Tenía una magnífica «cara de póquer», pero la petulancia de sus palabras le delató ante Vaskowich, que seguía sonriendo amablemente.

Van Wiren se excusó y Vaskowich contó treinta mil dólares en fichas, que deslizó hasta el centro del tapete.

—No creo que pueda mejorar esto, comandante —exclamó O'Neill, volteando sus cartas. Y mostró un full de damas-sietes.

—Mucho me temo que sí —respondió Max, amablemente, y mostró su full superior.

Bob intentó disimular su enojo, pero su rostro volvió a enrojecer.

Un camarero pasó con una bandeja de copas. Sin demostrar prisa por recoger sus fichas, Vaskowich atrapó otra copa de jerez y probó un sorbo, complacido.

—¿No cree que está bebiendo demasiado, comandante? —susurró discretamente a su oído el señor Stanford.

—Tiene razón, pero tengo una disculpa: jamás había bebido un jerez tan excelente—respondió Max.

Stanford le disculpó con una sonrisa. «Verdaderamente, se diría que él mismo elaboró este vino con sus propias manos», pensó Max.

Encendió un cigarrillo y recogió calmosamente sus ganancias, que se habían incrementado en cincuenta y cinco mil dólares.

En las dos siguientes manos, perdió seis mil dólares. En la tercera, muy interesante, volvió a ganar, esta vez ochenta mil dólares, pues Van Wiren y Stanford habían pujado fuerte amparándose en un full y una escalera simple, al igual que Bob O'Neill, que ligó un póquer de treses. Pero el póquer de Vaskowich era superior: de reinas.

Más tarde volvió a enfrentarse nuevamente a Bob, que llegó a depositar su resto de cuarenta y ocho mil dólares sobre el tapete. Su seguridad hizo temer a Max que, por una vez, O'Neill iba a ganar una cantidad crecida, pero las dobles parejas de Bob no pudieron superar el trío de damas de Vaskowich.

Bob se vio obligado a entregar dinero a Clive, que se lo cambió por fichas. A partir de aquel momento, el joven se mostró más cauto, pero la suerte no le acompañó, de modo que hacia las once de la noche, Vaskowich había arrasado con todo y O'Neill se removía nervioso en su asiento.

Finalmente, dijo lo que estaba ansiando soltar:

—Me gustaría jugar con el comandante, mano a mano. ¿No les importa, señores? —se disculpó ante los demás.

—No seas loco, Bob —le reconvino su padre, tomándole de un brazo —. Entre los dos, hemos perdido trescientos mil dólares esta noche.

—No importa. Si tú no quieres confiarme tu dinero, tendré que exigirte la parte que me corresponde en el legado de mamá —respondió su hijo, imperturbable.

—Eres un insensato —respondió el anciano, dolido—. Pero sea como tú quieras. La cantidad que te corresponde en la herencia de tu madre son seiscientos mil dólares, pero no dispongo aquí de esa cantidad —Stuart O'Neill dirigió una mirada al comandante Vaskowich—. ¿Querría usted aceptar unos pagarés, comandante?

—Yo avalo esos documentos —se ofreció Van Wiren.

—Yo también —dijo Stanford.

—Aceptaré esos pagarés, señor O'Neill. Sin embargo, ¿por qué no lo dejamos? Usted, Bob, ha perdido demasiado dinero. ¿Ha pensado que puede arruinarse?

O'Neill le dirigió una penetrante mirada a través de sus ojos entornados.

—El dinero no me importa demasiado, señor Vaskowich. Sólo pretendo ganarle a usted —declaró.

El comandante sonrió sin jactancia.

—Si es un capricho, adelante —respondió.

A las doce de la noche, Bob O'Neill había perdido otros seiscientos mil dólares y su padre extendía con mano temblorosa el documento que respaldaba la deuda. En cuanto al joven O'Neill apenas podía disimular su frustración.

—Necesito dinero, señores —exclamó mirando con ansiedad a James Van Wiren y Frederick Stanford—. Aún me restan algunas posesiones en la Tierra, incluido un paquete de valores, todo lo cual sumará aproximadamente un millón de dólares. ¿Alguno de ustedes está dispuesto, a prestarme esa cantidad?

Se había expresado en voz alta y la atención de, todas las personas que

asistían a la velada se concentró en lo que estaba ocurriendo en la mesa de póquer.

Van Wiren se levantó de su asiento.

—No dispongo aquí de esa cantidad, pero en mi camarote guardo algunas joyas muy valiosas —dijo—. Están a su disposición, Bob.

—No es necesario que recurra a esas joyas, Jim —intervino Frederick Stanford—. Yo sumaré mi dinero, unos doscientos cincuenta mil dólares, al efectivo que usted preste a, Bob.

Otro importante personaje, el millonario norteamericano Edgar Kadenberg, se acercó a la mesa.

—Y yo pondré el resto hasta sumar ese millón de, dólares, mi querido amigo —se ofreció, tras dirigir una mirada fugaz al comandante Vaskowich.

Max no pudo reprimir una festiva carcajada.

—Según veo, todos están ansiosos por ver como Bob O'Neill me despluma —exclamó.

—Sinceramente: sí, comandante —respondió Van Wiren, mirándole fríamente—. Bob es nuestro amigo. Usted sólo un intruso. Aún no me explico por qué el señor Stanford decidió invitarle.

Las mandíbulas de Vaskowich se tensaron.

—Perfectamente. Creo que Bob se merece la revancha.

Sin embargo, puesto que se muestran solidarios, con él, ¿por qué no exponen directamente su dinero? Vamos, señores, la partida mano a mano es monótona. ¿Por qué no participan todos? —propuso amablemente.

—Sí, ¿por qué no? —exclamó Kadenberg—. Entre todos, tendremos más posibilidades de vencerle. ¿Quiere dejarme su puesto, señor O'Neill? —pidió al padre de Bob.

Cinco minutos después, O'Neill, Kadenberg, Stamford, Vaskowich y Van Wiren daban comienzo a la nueva partida. El resto era de un millón por cada jugador y no había límite en las posturas.

En la primera mano, Max perdió diez mil modestos dólares. En la siguiente partida, después de haberse descartado, aceptó la cantidad

que Bob envidó —ciento cincuenta mil dólares— y luego empujó hacia el centro todas sus ganancias, incluidos los pagares redactados por Stuart O'Neill.

—¿Cómo? —chilló Kadenberg—. ¿Quiere decir que eleva la puja a todo eso? ¿Quiere decirme cuánto dinero hay ahí?

—Aproximadamente, un millón doscientos mil dólares.

Envidó esta cantidad contra el millón que cada uno de usted tiene como resto. En realidad, empiezo a sentirme fatigado y deseo retirarme pronto.

—Pero ¿es que no le importa el dinero como para arriesgarlo así? —se maravilló Frederick Stanford.

—Como dijo antes Bob O'Neill, el dinero no importa... si no sirve para ganar. ¿Quién de ustedes cubre mi postura?

—Voy —aceptó Stanford con un leve temblor en los labios.

Kadenberg empujó su resto hacia adelante, solo unos centímetros, pues la enorme cantidad de fichas y billetes llenaba el centro de la mesa.

—Por supuesto. Esta vez no me atrapará —farfulló Bob. Van Wiren también depositó su dinero.

Stanford tema que mostrar sus cartas y las enseñó con una cierta inseguridad: un fuIl doses-treses. La jugada de Kadenberg sólo era un trío, lo que provocó un gesto de decepción entre los espectadores de ambos sexos que rodeaban la mesa. Pero Bob O'Neill volteó con seguridad su póquer de cuatros, que volvió a elevar los ánimos y Van Wiren dejó ver su full formado por tres ases y dos cincos.

Hubo un insoportable momento de «suspense», pues Vaskowich no parecía decidido a mostrar su juego.

—Ha perdido, ¿verdad? —exclamó Bob. Y sus brazos se tendieron ávidos para abarcar algo más de cinco millones de dólares.

Pero Vaskowich le detuvo con un gesto y comenzó a elevar sus naipes con parsimonia.

—¡¡Escalera de color!! —exclamaron docenas de gargantas al mismo tiempo.

Y Bob O'Neill abatió su frente contra la mesa. Max se incorporó lentamente.

—Bob O'Neill tenía razón: el dinero no vale nada si no sirve para ganar. Yo he ganado y no lo necesito ya. Pueden repartírselo. Que cada cual tome su parte —dijo.

Y abrochándose su elegante «smoquing», pronunció en voz alta un amable «buenas noches» y se marchó.

CAPÍTULO XII

—Quiso humillamos a todos ¿no es cierto? —pronunció Frederick Stanford con voz seca y distanciante.

Max sonrió.

—De ningún modo. Sencillamente, el dinero no vale nada —respondió.

Se encontraban en el gimnasio. Los tres: el señor Stanford, su hija —que vestía un sugestivo maillot de ballet color carne— y el comandante Vaskowich.

Max estaba contraviniendo gravemente las reglas de a bordo: mantenía un cigarrillo encendido entre los labios. Y precisamente en el gimnasio.

—Decididamente, sus facultades mentales están perturbadas, comandante —expresó Stanford, eligiendo cuidadosamente las palabras—. Todos esos billetes, incluso las joyas son inservibles ya. Aunque... tengo entendido que cuando yo me marché anoche, ustedes se apresuraron a recoger cada cual su parte, ¿es verdad?

—Sí, pero todo aquello lo ganó usted y sigue siendo suyo.

Se lo devolveremos en cuanto usted lo exija...

—En cuanto yo lo exija. Lo que viene a significar que si no lo reclamo, se quedarán cada uno con lo suyo —dijo Vaskowich.

Stanford no contestó.

—Pueden quedárselo. O quemarlo. Yo no lo quiero.

—Pero ¿por qué? ¡Es una locura! —se escandalizó el millonario.

Vaskowich le miró con lástima.

—¿Quiere hacer salir de aquí a su hija? Tengo algo que explicarle —repuso el comandante.

Pearl mudó de color. Sin embargo, algo debió ver Stanford en la expresión de Vaskowich cuando se volvió a su hija y suplicó:

—Por favor, Pearl, déjanos a solas unos minutos.

—Es… una incalificable grosería por su parte, comandante Vaskowich —pronunció ella, tremante de ira. Pero se apresuró a obedecer la indicación de su padre.

Cuando estuvieron solos, Stanford dijo:

—Espero su explicación.

A Vaskowich le costaba mucho dar aquel paso, pero tenía que hacerlo por doloroso que fuera.

—Señor Stanford, hace algo más de una semana que el infierno se desató sobre la Tierra —declaró—. Oí las emisoras americanas y también las soviéticas, previniendo a la población civil. Se habían roto las hostilidades y millares de ingenios nucleares destructores viajaban ya hacia sus objetivos. Oí el relato de un reportero que describía minuciosamente la hecatombe que se abatía sobre ciudades como Nueva York, Washington, Los Ángeles, Chicago… Y también sobre Moscú, Leningrado, Madrid, París, Londres… Durante toda una noche permanecí junto a la radio recibiendo noticias que empavorecían mi corazón… Cuando comprendí que toda la superficie de la Tierra había sido destruida y centenares de millones de criaturas sacrificadas, no tuve fuerzas para continuar desempeñando mi función de comandante de esta astronave y me recluí en mi camarote…

Stanford le había escuchado, profundamente abrumado.

Y su mentón se había ido abatiendo sobre su pecho al tiempo que las escenas que describía Vaskowich eran asimiladas por su cerebro.

Pero la desconfianza era algo innato en él. Ello y la angustia que

atenazaba su corazón le obligaron a reaccionar violentamente.

—¡No le creo, no creo una sola palabra! Su historia no es más que uno de sus acostumbrados bluff... Usted, Vaskowich, es un hombre resentido, amargado y envidioso, que goza esparciendo la inquietud entre nosotros —con una mano, se aflojó el nudo de la corbata, que estaba asfixiándole—. Todo es mentira, confiéselo.

Se agarraba a un clavo ardiendo, antes de aceptar la verdad.

Vaskowich le dirigió una mirada conmiserativa.

—Suponía que iba a reaccionar de ese modo, señor Stanford. Pero aquella noche aún tuve presencia de ánimo para grabar los comunicados que provenían de la Tierra. Están aquí —afirmó, entregándole una pequeña cassette. Reclúyase en una habitación y, si tiene valor, oiga y asimile cuanto hay grabado aquí.

Pero la cassette se escurrió de entre los temblorosos dedos de Frederick Stanford. Su rostro adquirió un tono terroso y se estremeció de pies a cabeza. Se le doblaron las rodillas y se hubiera derrumbado si Vaskowich no hubiera acudido rápidamente en su auxilio.

Sujetándole por la cintura, Max le llevó hasta un taburete, donde Stanford se dejó caer como un fardo.

Y entonces, de improviso, comenzó a sollozar, cubierto el rostro por las inseguras manos.

Aunque Vaskowich se esforzaba en mantenerse entero, distante y dueño de sí mismo, escuchar los violentos sollozos de aquel hombre de sesenta años le produjeron un sentimiento compasivo.

—No se deje dominar por el abatimiento y la desesperación, señor Stanford —le consoló—. Piense que aún estamos vivos.

Sus palabras hicieron reaccionar al millonario, que irguió la cabeza y buscó desmañadamente un pañuelo, con el que se secó el rostro.

—Pero... ¡claro que tiene razón, comandante! Probablemente, como usted dice, todo está perdido en la Tierra, que no volverá a ser habitable hasta que no transcurran cientos de años... ¡Pero tenemos nuestro formidable refugio en Moon-Paradise! ¡Volveremos y nos instalaremos! —exclamó, oscilando bruscamente entre la desolación más intensa y el entusiasmo desbordado.

Vaskowich permaneció en silencio. Al cabo de unos minutos, Stanford alzó la mirada y escrutó las facciones del comandante.

—Pero ¿por qué calla? ¿He dicho alguna tontería? ¡Vamos, diga de una maldita vez lo que tenga que decir! —exigió; Vaskowich tragó saliva.

—Es inútil abrigar la esperanza de que aún podemos contar con el refugio de Moon-Paradise —declaró con voz grave—. Usted sabe que los soviéticos habían establecido una Base de observación en la Luna, del mismo modo que los norteamericanos contaban con numerosos satélites y estaciones intermedias fuertemente armadas… Al romperse las hostilidades, los soviéticos bombardearon los Estados Unidos desde su Base lunar, pero desde sus satélites y observatorios estratégicos, los americanos respondieron contundentemente a la agresión que provenía del satélite. En pocas palabras, Moon-Paradise ha quedado arrasado, como gran parte de la superficie lunar. Según los comunicados, toda la superficie de la Luna ha quedado contaminada de radiactividad, lo que la hace inhabitable.

Oyendo esto, Stanford dio un gran grito y cayó de espaldas. Inmediatamente, la puerta del gimnasio se abrió y Pearl penetró como una tromba y se abalanzó desesperadamente sobre su padre.

Stanford tenía muy mal aspecto. Su rostro estaba desencajado, temblaba espasmódicamente y una espumilla blanquecina brotaba de las comisuras de sus labios. Respiraba tan estertorosamente que parecía a punto de ahogarse.

Pearl se volvió hacia Vaskowich, desencajadas las facciones.

—¡Por amor de Dios, comandante, ayúdeme! —suplicó. Max tomó en brazos al millonario y en pocos minutos le trasladó a sus habitaciones. El doctor Koster llegó dos minutos después. Tras examinar al paciente, dijo:

—Ha sufrido un ataque cardíaco y su corazón está muy débil, pero haré cuanto esté en mi mano para reanimarle. ¿Alguno de ustedes puede explicarme qué le ha ocurrido?

Pearl y Vaskowich cambiaron una rápida mirada. Al fin, la joven respondió con voz entrecortada:

— Yo… yo se lo explicaré todo, doctor.

* * *

La desesperación más intensa se había abatido sobre los pasajeros del «EMPEROR OF THE GALAXIES». Los millonarios de la primera categoría se habían encerrado a rumiar su desolación en sus lujosas estancias, aunque algunos, como Bob.O'Neill vagaban incansablemente como fantasmas a lo largo de los pasillos de la astronave.

El doctor Koster —que demostraba una presencia de ánimo admirable— permanecía ocupado las veinticuatro horas del día y trabajaba sin descanso atendiendo a los numerosos enfermos. Algunos caballeros habían sufrido accidentes cardíacos y varias damas histéricas hubieron de ser encerradas bajo vigilancia.

Todos callaban y rumiaban interiormente su desesperación. El silencio rara vez era roto, excepto por algún grito exasperado de alguien que perdía los nervios y tenía que ser rápidamente internado en la enfermería, ocupada a tope.

La mayoría habían perdido el apetito y apenas ingerían tisanas y alimentos líquidos, mezclados con sedantes.

Con desesperante lentitud fueron pasando los días y nadie parecía reaccionar a bordo. Treinta y dos días más tarde, Júpiter estaba a la vista. El comandante Vaskowich anunció a través del intercomunicador que haría descender la astronave sobre la superficie de Ganímedes.

Minutos después, un grupo de diez personas, encabezado por el joven O'Neill, penetraba como una tromba en la cabina de navegación. Parecían tan violentos y excitados, que el comandante se vio obligado a gritar para imponer silencio.

—Bien. ¿Qué es lo que desean? —les preguntó Vaskowich, cuando logró imponer un poco de calma.

—Exigimos una explicación sobre su decisión de iniciar ese peligroso descenso sobre Ganímedes —gritó Bob, que llevaba la voz cantante.

—¿Por qué no? —respondió calmosamente el comandante, tratando de apaciguarles—. La superficie de Ganímedes está cubierta de hielo. Aprovecharemos esta circunstancia para aprovisionamos de agua.

—¡Está loco! ¿Para qué necesitamos más agua? Tenemos la suficiente para iniciar el viaje de regreso —clamó violentamente el joven.

Vaskowich retrocedió unos pasos.

—Pero ¿aún no lo han entendido? La Tierra está arrasada, destruida, hasta el punto de que ninguna especie animal puede prosperar sobre su superficie —explicó.

—¡Miente! —chilló O'Neill, abalanzándose sobre él. Y los demás le rodearon, chillando como posesos.

En pocos minutos, aquellos exacerbados individuos cayeron sobre Vaskowich y le acogotaron y golpearon salvajemente.

Aunque Carroll y McLean —presentes en la cabina— salieron en su ayuda, fueron rechazados violentamente y golpeados hasta ser abatidos. Luego, la turbamulta se inclinó sobre el semi-desvanecido Vaskowich, le alzaron en volandas y le sacaron de la cabina.

—¡Linchémosle! —resonaron sus gritos enloquecidos—. ¡Vaskowich es un farsante que intenta engañamos y llevamos a la ruina! ¡Deshagámonos de él!

Pearl Stanford, que había abandonado el camarote de su padre al oír el estruendoso griterío, salió al pasillo y contempló la escena, horrorizada.

Inmediatamente volvió a la alcoba y relató a su padre lo que estaba sucediendo.

—¡Tienes que hablarles, debes detenerles! ¡Por amor de Dios, reacciona! —rogó a gritos, perdidos ya los nervios.

—¿Por qué había de hacerlo? Vaskowich morirá, todos moriremos —murmuró Stanford, indiferentemente.

Pero Pearl se arrojó a sus pies y tomó trémula mente las manos del enfermo.

—Papá, podría invocar un hecho cierto: amo a ese hombre con todas mis fuerzas. Pero mis sentimientos no importan ahora. Tú sabes que sin Vaskowich estaremos definitivamente perdidos.

Stanford permanecía inmóvil. Desde el Salón Oval llegaban los alaridos de la muchedumbre enloquecida.

—¡Por amor de Dios, papá! Sólo tú puedes influir en ellos —insistió su hija, sollozando patéticamente.

Al fin, Stanford se incorporó un poco.

—Ayúdame —pidió—. Veremos qué puedo hacer. Renqueando, avanzó despacio apoyado en el brazo de su hija. En el salón, unas cincuenta personas, golpeaban a patadas a alguien que permanecía en el suelo.

—¡Deteneos, insensatos! —gritó Stanford, esforzándose en arrancar una voz estentórea de su débil garganta.

Los linchadores se volvieron, sorprendidos, y miraron a Stanford, tensos.

—Si matáis a ese hombre, todo estará perdido para nosotros —invocó el anciano, aprovechando la indecisión de los linchadores—. Aunque me pese reconocerlo, Vaskowich es la única persona que puede ofrecemos un poco de esperanza. El es un hombre sereno, esforzado, capaz de sacrificarse por todos nosotros. Ha demostrado definitivamente que posee las dotes exigibles a un líder: ha sido abnegado, firme y honrado... como ninguno de nosotros. Os aseguro que todas mis esperanzas están depositadas en él.

El doctor Koster, que acababa de llegar apresuradamente, le apoyó con fervor:

—El señor Stanford tiene razón: Vaskowich es el hombre que puede ofrecemos la esperanza de sobrevivir. Por otra parte, no todo está perdido. Estamos vivos y disponemos de alimentos y víveres para largo tiempo. ¿Queréis dejaros arrebatar por la barbarie, negaros a vosotros mismos un poco de esperanza?

El anciano Stuart O'Neill admitió:

—Tienen razón. Nos hemos comportado como bestias sanguinarias: En el fondo, sólo queríamos vengar en Vaskowich nuestras propias frustraciones. Si reflexionamos, deberemos admitir que nuestro comandante es la única persona que ha conservado la serenidad y el control de sí mismo.

Los linchadores fueron apartándose lentamente del cuerpo inmóvil que yacía sobre el piso. Cuando todos se hubieron marchado, Pearl y el doctor Koster se inclinaron rápidamente sobre Vaskowich, alrededor del cual se extendía una gran mancha de sangre.

—¡Dios nos valga! —suspiró Pearl—. Creo que hemos llegado a tiempo.

CAPÍTULO XIII

Tres jornadas después, el comandante Vaskowich se dirigió a la asamblea. Todos, pasajeros tripulantes y personal de servicio se habían reunido en el espacioso Salón Oval.

En el rostro de Vaskowich podían verse aún los numerosos hematomas que deformaban parcialmente sus facciones.

—Hemos dejado atrás Ganímedes y los tanques de nuestra astronave han sido provistos de agua suficiente para atender nuestras necesidades durante cuatro años —dijo—. Si racionamos adecuadamente los víveres y alternamos nuestra dieta con alimentos comprimidos, podremos sobrevivir durante varios años sin preocupaciones. Por lo demás, el ensamblaje del TRX-B supone triplicar o cuadruplicar nuestra autonomía de vuelo.

Hizo una pausa para observar el efecto de sus palabras en el auditorio y continuó:

—Sé que para ustedes, los pasajeros de primera categoría, será muy duro renunciar a los privilegios adquiridos al principio. Pero a partir de ahora, no habrá diferencia de clases. Todos tendremos los mismos derechos e idénticos deberes. Les aseguro que en ello se basará el éxito de nuestra pequeña sociedad y, por tanto, nuestra seguridad.

Nadie opuso ninguna reclamación, aunque algunos rostros se fruncieron.

—Trataremos de comportamos normalmente, como si nada hubiera alterado nuestros planes. Trabajaremos ordenadamente, aprenderemos a valernos por nosotros mismos y ocuparemos el resto de nuestro tiempo en el estudio, el deporte y el recreo. Si siguen mis instrucciones, les aseguro que no tendrán tiempo para el hastío. No habrá ningún obstáculo a que se formen parejas naturales. Yo uniré en matrimonio aquellos que me lo pidan, pero no se exigirá el compromiso legal para poder convivir en parejas. Si acatan estos

preceptos, estoy dispuesto a convertirme en su jefe. Ustedes tienen la respuesta.

Se produjo un murmullo que duró varios minutos. Finalmente, Frederick Stanford se alzó en su asiento y declaró que todos estaban conformes a observar las reglas.

—Sin embargo, comandante, quisiéramos saber hacia dónde nos dirigimos —añadió el millonario, junto al que se sentaba su hija.

—Tengo un proyecto esperanzador —declaró tras unos minutos de reflexión—. Al borde de nuestro sistema solar, brilla una estrella enana, de magnitud semejante a la de nuestro sol. El sistema está formado por doce planetas. Durante centenares de horas, he estudiado uno de esos planetas a través del telescopio de largo alcance. Uno de ellos presenta un aspecto semejante al de nuestra Tierra. Aunque este planeta no tiene nombre, yo lo he bautizado con el de «Hope[5]».

Su declaración produjo un gran impacto en el auditorio, que se desató durante varios minutos en exclamaciones y comentarios muy excitados.

—Eso quiere decir que abandonaremos nuestro sistema solar —exclamó el doctor Koster, cuando volvió a hacerse el silencio. Y en su voz vibró un trémolo de inquietud.

—Sí. Según calculo, podríamos llegar a «Hope» en un plazo de cuatro o cinco años, medidos por el cómputo terrestre. Los análisis que he llevado a cabo, demuestran que «Hope» posee una atmósfera rica en oxigeno, como la de la Tierra. Además, su masa también es sensiblemente igual a la de nuestro planeta. Como ven, hay muchas esperanzas de que «Hope» sea habitable. .

—Pero la posibilidad de llegar allí es remota —arguyó Kadenberg, poniéndose en pie—. Poseo algunos conocimientos de Astronomía y sé que existe una barrera casi infranqueable entre los distintos sistemas solares.

—Cierto —asintió Vaskowich con gravedad—. Sin el módulo TRX-B, nuestra astronave no tendría posibilidades de traspasar esa barrera magnética, pero la potencia adicional del módulo tal vez nos lo permita... En cualquier caso, tenemos una esperanza cierta de sobrevivir, aunque las probabilidades sean de un diez por ciento.

Hizo una pausa. El silencio era denso, lleno de tensión. —El dilema es éste: entregarnos a la desesperación y a la locura, para acabar

extinguiéndonos lentamente, o controlar nuestras emociones, hacer un esfuerzo titánico por ilusionarnos y caminar valientemente hacia ese incierto futuro. Ustedes tienen que elegir. Yo personalmente me inclino por la esperanza —terminó.

* * *

Sonaron unos golpecitos quedos en la puerta. Max se alzó del lecho y caminó despacio hacia la puerta, que abrió con precaución.

Y vio a Pearl, que vestía una sencilla túnica blanca que le llegaba a los pies. Los labios de la mujer temblaron.

—¿Bien, señorita Stanford? —dijo el comandante, expectante.

—Vengo a ofrecerme a ti como esposa, Max —pronunció con voz trémula—. Si me aceptas, estaré junto a ti hasta que nos llegue la muerte.

El rostro de Max Vaskowich resplandeció. Tendió las manos y tomó delicadamente a la mujer.

—Y yo te acepto con todo el amor del mundo —respondió, emocionado. Y la atrajo suavemente hacia sí y cerró lentamente la puerta.

* * *

Diez meses después, la señora Vaskowich dio a luz un precioso niño. Era la primera criatura que nacía a bordo y el acontecimiento trajo consigo un fresco soplo de vida a la pequeña comunidad, que lo celebró distribuyendo copas de champán entre todos los pasajeros.

El hijo de Vaskowich y Pearl Stanford fue bautizado en un acto clamoroso, y recibió el nombre de Willboy lo que provocó una sonrisa jovial en su abuelo, Frederick Stanford.

En los meses siguientes, la población aumentó considerablemente. Nacieron otros niños y niñas, que a los pocos meses correteaban por

los pasillos y llenaban las estancias de alegres gritos infantiles.

Los adultos se sintieron revivir. Cuidar a los pequeñuelos y gozar con sus vitales travesuras les mantuvo atraídos y evitó que se entregaran a la nostalgia y a la desesperación. Llegó un momento en que, cuidar a los niños y niñas que tenían como hogar el reducido recinto de la astronave, fue más importante que cualquier otra cosa.

Y transcurrieron los años sin dejarse sentir. Hasta que aquel día, el comandante Vaskowich anunció a través del intercomunicador general:

—«Hope» está a la vista.

Entonces, centenares de ojos ávidos se elevaron las pantallas de televisión y contemplaron un maravilloso planeta envuelto en una atmósfera de color azul.

Pero pasaron muchos días antes de que el comandante Vaskowich anunciara:

—Vamos allá. ¡Descendemos!

Y entonces todos contuvieron el aliento y miraron ávidamente a las pantallas.

Para entonces, todos estaban seguros de que la aventura estaba a un paso. Y aguardaron, esperanzados, hasta que la astronave se posó levemente sobre una pradera luminosa...

FIN

[1] Saco de Dinero

[2] Emperador de las Galaxias

[3] Hombre que a todo dice que sí. Persona complaciente, aduladora

[4] Emperatriz de las Galaxias

[5] Esperanza